

ANGEL RAMA

**¡OH SOMBRA
PURITANA!**

EDICIONES FABULA

IOH SOMBRA PURITANA!

ANGEL RAMA

¡OH SOMBRA
PURITANA!

MONTEVIDEO / 1951

Copyright 1951 by Ediciones Fábula

y Dios está mirando tus entrañas.

QUEVEDO

Llegué a X muy entrada la tarde, un día de comienzos de mayo. Por la ventanilla del ferrocarril veía asomando la aparición en el cielo de las primeras sombras del crepúsculo. No sé por qué temía llegar con la noche, pero no fué así. Apenas se oscurecía el horizonte cuando bajó del tren. Nadie vino a recibirme.

Era el único pasajero para X, de modo que la docena de personas agrupadas en el andén me observaron con curiosidad, aunque ninguna se acercó a preguntarme nada. Los miré a todos, uno por uno, buscando hallar a quienes deberían estar esperándome o un rostro cordial a quien dirigirme pidiendo ayuda. Esperé unos minutos, pero no dejaban de escudriñarme y pasar a mi lado comentando en voz baja, aun-

que no tanto para que no los oyera, mi atuendo, mi cara tan propicia a las bromas; la sola idea de la ridícula figura que hacía, custodiado por las dos viejas e inmensas valijas de mi madre, sacándome y poniéndome los lentes a cada segundo como me ocurre cuando me hallo nervioso, echando furtivas miradas en todas direcciones, me sumió en un estado tal de intranquilidad que cuando se me acercó un viejo ofreciéndome su auto de alquiler para llevarme a la ciudad, acepté de inmediato y lo seguí cargando con las maletas que no hizo ademán de recoger.

El Liceo, adonde me condujo en su destartado auto, estaba cerrado. No sabía qué hacer, pues no conocía a nadie en la ciudad, ni siquiera al director del Liceo, pero esperaba que me orientara en las gestiones destinadas a mi establecimiento. Ingenuamente confiaba en que los profesores encabezados por el director habrían de ir a recibirme, y el vuelco que mis ilusiones sufrieron al llegar a la ciudad y no encontrar a nadie esperándome, me desconcertó.

Le pedí al viejo —a quien las gentes saludaban con estentóreos “Adiós don Nicolás”, a los que contestaba amainando la ya reducida velocidad de su coche—. que me llevara a un hotel.

—Pero que sea barato —agregué recordando los veintiséis pesos que traía y que constituían todo mi capital hasta que cobrara mi primer sueldo de profesor.

—¿Barato como qué? — me preguntó don Nicolás, que en verdad no se distinguía por su inteligencia, aunque, como después supe, sí por lo taimado.

—Lo más barato que haya, —dije— alguna casa sencilla y limpia.

—¿Usted quiere un hotel o una pensión?

Recordé los insistentes consejos con que me habías rodando en los últimos días de Montevideo, por lo que dije: "Si usted conoce alguna casa de familia que reciba huéspedes, mejor. Necesito un cuarto y que me den de comer. No importa que la casa sea humilde. Yo quiero un lugar tranquilo —insistí para ver si me comprendía—, una familia de esas que para ayudarse subarrienda una pieza y da..."

Buena — me interrumpió y puso en marcha su maquina.

Me condujo a una casa bastante lejos del Liceo, casi en los límites de la ciudad, ubicada al terminar una calle imaginaria —entiende por esto un lodazal marginado por viejas casas, verde, rosada, blanca, otra vez rosada, y que por un lado se abre al campo. Por aquella traviesa me cobró tres pesos, lo que me asustó bastante. Contaba en mucho con que la vida en X fuera barata, para poder llevar a cabo el proyecto que ambos planeamos en Montevideo.

Me costó hacerme entender por la dueña de casa, que me recibió en un saloncito que nunca volví a pisar, pero que recuerdo muy bien. Estaba empapelado con un horrible color rojo cruzado de bandas negras verticales y con florones dorados superpuestos, que tornaban aún más fúnebre la pieza, mal iluminada por una veladora embuzada en un crespón. Por todos lados, sobre las alfombras, en el suelo y hasta sobre la mesa, había almohadones con imágenes recortadas sobre paño lenci que armonizaban

con las naturalezas muertas de las paredes, y entre los que se paseaban tres gatas blancas. Completaba el arreglo de la sala un juego de muebles muy vulgar que parecía recién adquirido por su brillo y su olor a madera barnizada, pero que tenía unos buenos años y a cuyo cuidado dedicaba Encarna un par de horas diarias, habilitando su sala únicamente en las grandes ocasiones y siempre con poquísima luz. En dos grandes cuadros con marcos de yeso dorado conservaba las fotos coloreadas de sus padres, según me dijo: un hombre de gruesos bigotes y una respetable matrona.

Doña Encarnación es una señora muy voluminosa, algo parecida a la tía Paca, pero más conversadora todavía, que no se puede estar quieta en su silla y que parece atacada de unos movimientos extraños, como si de pronto se le cayera el cuerpo y tuviera que levantarlo. Con otro espíritu me habría divertido y si tú estuvieras conmigo no habrían faltado nuestras miradas de inteligencia y nuestras risas sofocadas. En cuanto nos sentamos, una de las gatas se trepó a un testero colocado detrás de su silla y depositó la cabeza sobre su hombro. "Tranquila Rosaura, que hay gente", le dijo sin moverse, reconociéndola al tacto, y cuando unió las manos sobre la falda mirándome interrogante, otra gata saltó y se sentó sobre su falda. "Vamos Jacinta, quédate quieta", le dijo, y la ahuyentó descruzando los dedos. Sorprendió entonces mi cara perpleja y me explicó: "Son Rosaura, Jacinta y Edelmira. Así se llamaban mis hijas, pobrecitas, que en la gloria estén. En cuanto se me moría una, conseguía

una gata, blanca, eso sí, muy blanca, y la bautizaba con su nombre. Para que me hiciera compañía". Y agregó en un suspiro: "¡Son tan cariñosas! Ahora tengo miedo de que me venga otra, Marta, porque la tengo bastante enfermita. Don Nicolás es quien me las consigue, porque yo a éstas no las dejo tener cría, ¿sabe?, y ya me dijo que la gata de doña Laura está por tener familia. Y Lilita es una gata preciosa; ¡la tengo unas ganas! pero lo que es Laura en la suelta por nada del mundo".

De algún modo se ingenió para que yo, sin darme cuenta, le contara mi vida. Cuando le hablé de la muerte de mamá se enterneció de tal modo, que empecé a quererla. Desde que te habías dejado despidiéndome en la estación, nadie me había mirado con simpatía, justo cuando más necesitaba de ella, y por eso, por el cariño que traslucían los ojos inquietos de doña Encarnación, volví a sentirme tranquilo. En ese momento agradecí tu insistencia para que me alojara en una casa de familia. Conversamos largamente y hasta me parecieron simpáticas las gatas que se mezclaban con nuestras palabras y que al principio me habían impresionado con sus blanduras y susurros. Le hablé de ti, mucho, como deseaba hacerlo, agradeciéndole la bondad con que me oía, y me animé a contarle nuestro proyecto, que alenté de inmediato.

Al, con sesenta pesos por mes se puede vivir perfectamente aquí. No le diré que con abundancia, claro está, ni usted pretenderá tal cosa, pero vivir, se vive. Y los ochenta restantes envíelos a su hermanita en cuanto cobre,

no sea que se gaste unos centésimos en esto y un peso en aquello y de pronto la plata se fué. ¡Todo es tan caro!

Pero cuando se enteró de que venía a ocupar un puesto de profesor en el Liceo se sobresaltó y me aconsejó fuera a otro lado. Insistí creyendo que su reticencia nacía de la humildad de su pensión y después de mucho parlamentar, poniéndole de manifiesto que no podía pagar una suma muy alta, que ya era tarde para buscar otro alojamiento y que sólo me quedaban veintitrés pesos, la convencí de que me alquilara un altílo por cuarenta y cinco mensuales, incluyendo el almuerzo y la cena, pero “en el entendido de que usted se buscará en cuanto pueda una casa conforme a su importancia. Esto es muy poco para usted”. La sinceridad que ponía en sus palabras, echando contra sus propios intereses, me conquistó.

El altílo era una habitación pequeñita, encalada, en que apenas cabía la cama turca y una mesa de trabajo que ubiqué junto a la ventana que miraba al campo abierto. Como no entraba un ropero utilicé las maletas para guardar la ropa y traté de darle a la pieza desnuda un aspecto hogareño que me recordara nuestra querida casa. Puse sobre la mesa, antes que nada, los retratos de mamá y tuyo. Los contemplé embelesado un largo rato. Querida Luisa, ¡cuánto tarda el momento de volver a estar juntos! te decía el mismo día de llegar aquí. Mamá parecía responder, mirándonos a los dos: Vamos, hijos, no hay que desesperar. Yo velo por ustedes. ¡Oh sí, si habrás velado! ¡Qué hubiera sido de mí sin tu ayuda!

En las paredes clavé las dos estampas que traía: el Modigliani que tú me habías regalado en mi último cumpleaños y el San Jerónimo arrepentido del Greco que tú sabes cómo me conmovió siempre. Dispuse mis libros y papeles sobre la mesa y me apresté a vivir. Me hallaba triste, pero con valor para hacer de los días vóvidos una alegre preparación de nuestro reencontro, y en ellos había de poner mi fervor para que fueran dignos de tí. No pudo ser.

Perdóname que insistía con estos detalles fatigosos que en aquella primera tarde pasaron sobre mí sin dejar rastro para presentármese después, cuando tuve días enteros que llenar recordándolos.

Coné con doña Encarnación, quien me presentó a sus hijas. Sus seis hijas: Amalia, Clara, Cequillo, María, que se retiró de inmediato para recostarse, Mury y Luisa. Como ves, una de ellas se llama como tú y cuánto me pesó, porque me fué la más desagradable. Sus modales descompuestos, sus grandes risas, la manera de vestirse y caminar, el retintín que asumía al hablar, todo conspiró para acrecentar mi disgusto al hallar tu nombre en una mujer tan distinta de lo que tú eres. Durante la comida dirigió una especie de conspiración burlona contra mí en la que intervinieron todas las hermanas menos Amalia, que se hallaba sentada a mi lado y con quien conversé enterándome de la vida y las gentes del departamento. Las demás se golpeaban con el codo, se secreteaban al oído y reventaban a reír de modo tan estrepitoso que doña Encarnación, quien presidía muy pacíficamente la cena, las llamó al orden,

aunque con demasiada blandura, pues no se puso término a la jarana sino cuando nos levantamos de la mesa.

Me sentí cohibido durante la comida, aunque traté de sobreponerme, martirizándome por hallar un tema de conversación en que intervinieran todas, pero mis intentos resultaron contraproducentes. Cuando, dirigiéndome a la madre, pregunté: "¿Alguna de sus hijas está casada?" se originó entre ellas una inextinguible hilaridad a la que se sumó la propia Encarnación.

—No — me contestó al fin. Son muy jóvenes. Les sobran los novios y no se deciden. Usted verá cuánto molestan estas criaturas cuando ellos vengán a conversar. Pero tienen tiempo todavía, ¿usted no cree?

Lo de los novios reavivó las risas al punto que Suzy, que es la más joven y bonita, se atoró con un bocado y pareció morir de algo que podía ser un ataque de risa o de nervios.

Al terminar la cena, Amalia, y Clara que se sumó a la conversación, me informaron detalladamente y de modo muy pintoresco de quiénes eran mis futuros colegas, sus costumbres que parecían conocer muy bien, sus defectos, y me hicieron reír varias veces de buena gana haciendo su caricatura. Fueron ellas quienes me aconsejaron que visitara esa misma noche el Club donde hallaría al director del Liceo enfrascado en su habitual partidita de ajedrez, y a varios de los profesores.

Seguí su consejo, pues era grande mi apuro en ponerme en comunicación con él, y fuí. No lo hubiera hecho.

Tal como me habían informado, encontré al Dr. Eustaquio Martínez en una de las salas del Club Artigas jugando al ajedrez con un viejito muy simpático que, a pesar de la noche agradable, se arrebujaba en su sobretodo y había hecho colocar a su lado una estufa, encima de la cual ponía los pies. Tenía las manos enfundadas en unos guantes de lana color celeste, que se quitaba cada vez que debía jugar.

El Dr. Martínez es difícil de describir. Nada lo caracteriza distinguiéndolo de los demás hombres, y sin embargo es diferente. Bajo, carirredondo, muy pulcro, usa lentes negros a todas horas. Tiene voz incisiva que suena en el oído como un timbre que no terminara nunca de vibrar. Quizás sea de otro modo, pero el Dr. Martínez que conocí es un alma perversa cuidadosamente revestida de una apariencia de hombre honorable.

Se excusó por no haber ido a recibirme a la estación aduciendo que ignoraba la fecha de mi llegada. Sabía que no era cierto, porque en el telegrama lo indicaba claramente qué tren tomaba, pero me cuidó muy bien de desmentirlo. Su partida de ajedrez lo tenía a mal traer, y el monólogo que leulé acerca de cómo pensaba encontrar mil cursos para ganarme la confianza de los alumnos, y la obra cultural que estaba necesitando realizar en la ciudad con el fin de ampliar las actividades locales, pareció molestarlo. Desconozco el juego, pero cada vez que el Dr. Martínez movía una pieza debía cometer un descuido grave, pues el viejo prorrumpía en una risa menuda, se desenguantaba y repletaba de inmediato con otro movimiento. A

veces, cuando Martínez extendía el brazo para tomar una de sus fichas, se le escapaba al viejo un pedazo de risa que reprimía cubriéndose la boca con la mano, pero que era suficiente para detener a su adversario y creo que enfurecerlo.

Después se acercaron unos señores que me fueron presentados como Tomás Bonini y Miguel Arrigo, profesores de Biología y Física respectivamente. Más tarde llegó un señor Alberto Muniz que desempeñaba interinamente los grupos que yo venía a ocupar. Cuando me lo presentaron le manifesté mi deseo de estudiar con él la situación de los cursos, pero se limitó a decirme: "Ya los verá", y se sentó ostensiblemente lejos para no responder a mis preguntas.

No hubo prácticamente una conversación. Todos se sentaron y pidieron de beber. Para acompañarlos pedí café. Me formularon algunas preguntas sobre Montevideo, a las que no supe qué contestar pues eran de un orden muy ajeno a mis intereses y luego se enfrascaron en una discusión sobre la radioemisora del departamento y sus ventajas, de la que fui testigo silencioso.

Se fueron aproximando nuevas personas que me presentaron, pero cuyos nombres no retuve y que integraron la rueda formada en torno a los jugadores, pidiendo de beber. Yo no apartaba la vista del tablero, observando las jugadas y las reacciones de ambos. A Martínez le debía ir muy bien pues sonreía, codeaba a Muniz que estaba a su izquierda, y el viejito ya no se animaba a reír cuando jugaba. Después de mover una pieza lo interpeló diciendo: "A

ver ahora don Jacinto, cómo sale de ésta”.

—Como salí de todas, venciendo —replicó.

Como nadie me hacía caso me puse tranquilo y al querer levantar una ficha que se había caído volqué mi café sobre el tablero. Aquello no fué sino el comienzo de mis sucesivas equivocaciones. Para congraciarme con el director —quien me había maldecido por lo bajo— hablé de lo agradable que me resultaba la ciudad; él confesó odiarla y no trató de disimularlo para nada. A propósito de enseñanza elogí el sistema de concurso para proveer cátedras y todos coincidieron en señalar sus inconvenientes, lo que tornó muy violenta mi posición, pues yo acababa de ganar mis grupos de ese modo. Alberto Muniz, a quien venía a sustituir, se encarnizó especialmente en la crítica. Hablé de lo paupérrimo de la vida cultural en el interior y el propio Dr. Martínez se encargó de satirizar a los montevidéanos que “nos toman por indios”. Estuve tentado de contestar con acritud, tal como se lo merecía una impertinencia de ese orden, pero la perspectiva de convivir con ellos meses enteros, que se me presentó vivamente a los ojos, me contuvo a tiempo. Pero esto no fué nada comparado con la reacción que se produjo al preguntárseme dónde me había alojado.

—En casa de una familia que parece muy bien —dije—, la de una viuda que se llama doña Encarnación.

Primero me observaron con caras de asombro como a la espera de la conclusión del chiste y luego de comprobar que no bromeaba se echaron a reír. Pregunté el por qué y ellos a su vez

me interrogaron sobre las hijas.

—¿Qué le parecieron las nenas?

—No sé, todavía no las conozco bien.

—¿Encarna se las presentó?

—Sí, cenamos juntos esta noche.

—¿Usted ya ha elegido?

—No entiendo. Las que me resultaron más simpáticas son Amalia y Clara, aunque Suzy parece muy buena, y las otras también — agregué muy inquieto.

Cada una de mis respuestas provocaba una tempestad de risa; se agitaban, saltaban, se doblaban, golpeábanse unos a los otros, se decían cosas por lo bajo, recordaban episodios muy conocidos de los que bastaba decir una palabra para que en seguida todos rieran, se volvían hacia mí para preguntarme y no podían; volvían a reír. El espectáculo debía ser inusual en el Club pues se fueron acercando nuevas personas que, una vez informadas del motivo, se sumaban al grupo interrogándome sobre las hijas de doña Encarnación, mezclando sus risas con las preguntas y con los comentarios entre ellos, hasta que no entendí nada.

Me sentía abochornado al verme en el centro de un interés jocoso, cuyos motivos ignoraba, pero de cuyo secreto participaban todos los demás. De pronto, el director, que al principio participó de la jarana pero que luego se había puesto serio y no apartaba los cristales negros de mi rostro, se levantó para irse.

Ya que usted integrará el cuerpo de profesores —me dijo— le ruego que por el buen nombre del Liceo se traslade inmediatamente a un hotel. Buenas noches.

La sequedad de su tono calmó la hilaridad instantáneamente y los presentes se alejaron saludándome con sendos "Buenas noches" cargados de menosprecio. Pero los oí volver a reír en cuanto se reunieron en la calle.

Me quedé solo, rojo de vergüenza e indignación, sin hallar fuerzas para levantarme de la silla.

—No se preocupe — oí que me decían. El viejito continuaba en su sitio observándome con cara sonriente y amistosa.

—¿Cómo quiere que no me preocupe? ¿Qué pasa conmigo? Todos se ríen, pero nadie me explica. ¿He hecho algo malo? ¿Y qué ocurre con doña Encarnación y sus hijas?

El viejo se echó a reír con un ruido de huecitos que se entrechocan.

—No se ría, por Dios, y dígame lo que pasa, sea lo que sea. No importa.

—No se agite —y volvió a reírse—. La culpa no es suya, que es joven, que no conoce la ciudad, pero no deja de ser divertido. ¡Mire que ir a vivir en casa de Encarna! Ella, a pesar de todo lo que se dice en su contra, es muy buena. Negocianta sí, y de las mejores, pero con buen corazón. La conozco desde que nació, porque fué hija de un maestro que vino por aquí en el novecientos: era un loco bravo, anarquista, con una labia para desmoronar paredes, mucha presencia, de la que hacía uso muy inteligente tratándose de mujeres, mentiroso como pocos, pero con una simpatía... Entrador, que le dicen ahora las muchachas. Con todas esas buenas condiciones no pasó tiempo sin que hiciera de las suyas, y las suyas eran gordas. Sedujo

a la menor de las López Niño, la familia más empingorotada que tuvo ni tendrá esta ciudad, aunque pasen muchos años. Aquello era aristocracia de rumbo, con lo necesario para mantener la casa y el salón que le daban chanta y cuarta a los de Montevideo. No fué sólo seducción, sino también hijo de por medio, hija, a decir verdad, porque de ese enredo nació Encarna. Cuando los quisieron casar, y bien que sudó el viejo don Jaime para decidirse a ese trago amargo, el simpático maestro se negó por aquello del amor libre que estaba muy en boga en Montevideo cuando la primera de Batlle. Buen pillo les resultó a la familia López Niño, que no atinaba sino a pegarle cuatro balazos, y bien que se los hubiera pegado Pedrito López, el hermano, si el seductor, a pesar de sus teorías revolucionarias, no hubiera considerado mejor poner tierra y hasta mar de por medio. Cuando lo volví a ver en Montevideo, estaba metido en el Centro de Estudios. Ni se acordaba de la aventura, pero por si acaso no quería volver por aquí. Además estaba muy desmejorado, porque los años no pasan en balde cuando se vive a salto de mata y ventana de jóvenes inexpertas.

—¿Y doña Encarnación?

—Pues nació de ese connubio desgraciado. La pobre Beatriz para evitar el escándalo o por lo menos el salir en letras de molde, pues en las lenguas ya estaba muy retocada, se la dió a la cocinera, quien la crió. Eusebia era una infeliz, una santa decían algunos, que se despiporraba por tener una hija, y aquella aventura le supo a mieles a su vocación ma-

ternal trunca. Era pardita, y le cayó de regalo, ese sí que traído por la cigüeña sin gasto de parte y parto, una criatura preciosa. Claro que Beatriz fué una mujer muy bonita. Usted no puede imaginarse su blancura, su formas amplias y mórbidas, y no se deje engañar por un retrato que Encarna tiene en la sala. No es Beatriz ni diablo que se le parezca. Esos retratos los compró con el célebre juego de muebles. Beatriz no engordó, ni se casó nunca, aunque no le faltaron candidatos dispuestos a hacer la vista gorda sobre aquel desliz, algunos por los gruesos fajos de billetes que abultaban los bolsillos de su padre, otros porque la mercadería sola bien valía la misa. Yo entre ellos. Pero Beatriz era demasiado terca. La aventura le despertó el viejo orgullo de los López Niño, y no se resignaba al casamiento, porque no quería que nunca le fuera reprochado el pasado, aunque había desaparecido el testigo indiscreto. La vi poco antes de su muerte, en el Salto, donde se fué a vivir al deshacerse la familia. Se conservaba bonita a pesar de lo ajadas y amarillentas que tenía las carnes y ya usaba la cintita negra en el pescuezo con un grueso medallón.

—¿Y Encarnación cuándo se casó?

—Nunca.

—¿Cómo nunca? ¿Y las hijas?

El viejo volvió a reír.

—No son hijas, muchacho. Son las protegidas que trabajan para ella. ¿Pero usted todavía no se ha dado cuenta de que son prostitutas? Encarna hizo lo que Beatriz no se atrevió: tirar la chancleta, como dicen los muchachos

ahora. Creció bonita, haciendo lo que quería, pues la infeliz de la Eusebia no podía negarle nada; pero cuando tuvo uso de razón rechazó a la madre postiza y se fué con el primero que le encareció los tirabuzones resobados con que todas las tardes paseaba frente a la Matriz. Los tirabuzones se los cortó muy pronto, para usar las capotitas de la época y con el tiempo fué acortando la pollera y la vergüenza. Volvió cuando se le pusieron feas las cosas y por algún motivo que no se aclaró nunca. Quería retirarse. Puso primero una casa de pensión decente pero no le fué muy bien y empezó a tener como pensionistas a algunas muchachas jóvenes que recibían a los amigos en sus cuartos, y cuartos cerrados. Los otros pensionistas se fueron alejando y ahora sólo le quedan las... "hijas". No creo que esto dure mucho tiempo, porque se ha reclamado con insistencia el cierre de su negocio y hay interpuestas influencias grandes de por medio. La propia Encarna está asustada. Antes de ayer se me quejó de la campaña de injurias y mentiras que le han levantado; ella afirma muy suelta de cuerpo a todo aquel que la quiera oír, que su casa es una pensión de familia, donde recibe a todo, todito el mundo, que no se mete en la vida de nadie, que no es suya la culpa si sólo van a vivir mujeres jóvenes, que nunca rechazó un cliente, —lo que es muy cierto, pues así amasó los buenos pesitos con que piensa retirarse y nunca se decide—, y que el responsable de la campaña contra ella es Albertito. Esto es cierto —dijo el viejo levantándose— como es cierto que a Martínez no le causa ninguna gracia su

llegada.

Yo había caído en una maraña de la que no sabía salir. Asombro, vergüenza, rabia, miedo, todo se combinaba para que no atinara a levantar la cabeza hundida entre los hombros. No obstante alcancé a preguntar torpemente:

—¿Y por qué?

—¡Oh! ya se irá enterando usted. Tenga cuidado con él, por lo menos, pues es capaz de hacerle la vida insoportable.

Se había enrollado una larga bufanda al cuello y se disponía a salir, pero todavía me advirtió:

—Albertito, ese don tontaina que usted vino a suplantar, es el futuro yerno de Martínez, y el actual cómplice en todos los negocios sucios que éste lleva tras los lentes. Que no me olvide: gracias por tirar el café. Me iba a ganar por primera vez y su intervención ha sido providencial. Van como diez años que no me gana una partida de ajedrez, y qué precioso complejo de inferioridad que le ha venido a causa de eso. Cada vez que lo invito a jugar acepta, porque está convencido de ganarme —bien que estudia y estudia en la casa, aunque nada le entra en su cerebro obtuso— y cuando me río se le anudan las tripas. Nunca protesta porque me tiene miedo. ¡Sé cada cosa de sus manejos!

Me quedé solo en la salita. No tenía coraje para salir a la calle, donde sospechaba podía encontrarme con mis colegas rezagados. Además tenía miedo de llegar a la pensión, pues me parecía estar viendo la escena de burdel que correspondería a la medianoche que acababa de sonar en el reloj del Club.

El mozo se acercó a comunicarse que iba a cerrar. No quedaba nadie en el edificio. Me levanté, pero antes de trasponer la puerta le oí a mi lado diciéndome con tono respetuoso: "La cuenta, profesor".

—¿Qué cuenta?

—La de la consumición. Los señores me dijeron que usted la pagaría.

—¿Yo?

—Sí, como es su primera visita al Club...

—¿Cuánto es?

—Seis veinticinco.

Creí que se burlaba.

—¿Cuánto dijo?

—Seis veinticinco, señor. El mozo parecía algo incomodado.

Revisé mis bolsillos y sólo encontré tres pesos arrugaditos en el fondo de uno de ellos. Lo demás lo tenía en casa. Se los entregué diciendo:

—Tome, aquí no tengo más. Mañana le pago el resto.

Salí y antes de llegar a la esquina oí golpear la puerta del Club. En la noche calma y estrellada, la ciudad desierta pareció decirme con aquel portazo que retumbó largamente, que yo estaba demás en ella. Jamás pensé hallarme en semejante situación. Mi primer pensamiento fué volver a Montevideo, pero comprendí que era una niñería. Traté de sobreponerme, acumular valor para ir a la pensión, pagar lo que debía y buscar de inmediato un sitio donde vivir. Me costó mucho dar con la casa pero al fin llegué frente a la puerta entornada. Dentro había luces encendidas. Rogué al cielo para po-

der cruzar el patio y subir a mi altillo sin que nadie me viera, pero ni siquiera esa suerte me fué deparada. Me crucé con Coquito y Luisa que conversaban con unos hombres. Esta última me saludó de modo ostensible, pero no contesté. Me precipité a mi cuarto tratando de no oír las risas de aquellos hombres que ni había mirado, pero que estarían comentando mi ridícula situación, y una vez dentro cerré la puerta con espanto.

Pero lo peor todavía no había pasado. Al encender la luz vi sobre la mesa la edición de Heine que era mi caja fuerte. Allí guadaba los veinte pesos que asegurarían mi libertad. Antes de abrirla sospeché el horror que me estaba reservado. El dinero había desaparecido. Infructuosamente pasé las hojas una tras otra, siguiendo la numeración para no saltarme ninguna. El dinero no estaba. Me lo habían robado. Con una última esperanza me precipité sobre los libros que llenaban una de las valijas y los revisé minuciosamente. Todo fué inútil. Además yo sabía que el dinero lo había guardado en el Heine pues recordaba el momento en que tú me habías dicho: "Guárdalo en el libro preferido" y te contesté: "Entonces en el "Buch del Lied", libro que doblemente quería, por el autor y por haber pertenecido a mamá.

Me habían robado, pero ¿quién y dónde? me decía, aunque esta pregunta era pueril. Sólo podían ser ellas, pero ¿con qué motivo? ¿Por qué robarme? y ¿quién era esa mujer que con tanto cariño me había recibido, que incluso me había aconsejado ir a otra pensión y ahora...? Ella no podía ser. Pensé en aquella otra Luisa

a odiar. Interpreté como una burla el saludo que me había dirigido. ¿Irme? pero ¿adonde? ¿quién me recibiría sin dinero? A denunciarlas jamás me hubiera atrevido, pues la sola idea de que todos se enteraran me hacía arder de vergüenza. Me debatí contra los caminos cerrados. Lo único cierto en mi desasosiego era el ansia de partir, pero como por arte de encantamiento; que en esa noche, que yo deseaba que no acabara nunca, pues el día sería peor, alguien me trasladara hasta tu lado y luego olvidarlo todo.

Me pregunté varias veces si no soñaba o si no me había vuelto loco, y volví a revisar los libros, a investigar minuciosamente en mis ropas. Nada. ¡Qué noche, Luisa! Me revolví en la cama sin poder dormir, amargado, ahogado por mi angustia, hasta que al amanecer, el sueño y el cansancio pesaron más que mi desesperación. Cuando desperté el sol estaba alto y yo tenía la cara bañada en lágrimas, aunque no recordaba haber llorado.

II

Tú nunca sospechaste esta inauguración desgraciada de mi vida de profesor porque esa mañana me consagré a acopiar mis pocas fuerzas, dispuesto a hacer frente a las dificultades que pudieran sobrevenir, e intenté, inútilmente, escribirte la primera carta. Después de poner "Querida hermana", vacilé como vacilo ahora al contarte estas miserias. Pero es necesario que las conozcas, que sepas la vida atormentada que en ese día fatal se inició para tu pobre José Luis. Ha sido el recuerdo tuyo y de mamá el que me sostuvo estos meses; cada vez que desfilaba me acomodaba en la mesa frente a los retratos y con ellos conversaba las horas muertas. Esa mirada dulce y firme de mamá me acompañó tan veces en que pensé en la muerte con alivio.

Comencé a vivir. Me hice cargo de las clases. Mis alumnos eran niños todavía, con esa monstruosa desaprensión de las criaturas que los pone fuera del bien y del mal. A ellos les debo horas bien amargas.

Apenas me senté tras el pupitre y abrí la libreta sin atreverme todavía a enfrentar a los treinta muchachos, uno del fondo dijo en voz alta:

—¿Te gusta la nueva protegida de Encarna?

Hubo un rumor de risas sofocadas hasta que otro contestó:

—Habría que verla desnuda —y las risas se desbordaron.

Me puse a temblar en tal forma que no me salía la voz. Entró entonces el bedel a pasar lista.

Las alusiones a mi situación grotesca proliferaron en los primeros días bajo la forma de dibujos en la pizarra, frases irónicas que de pronto restallaban en el silencio de la clase como bofetadas, caricaturas que después de ocupar el frente del Liceo fueron extendiéndose por las paredes de la ciudad y en las que se esmeraban grandes y chicos para inventar las frases más abyectas y los dibujos más repugnantes.

Con ellos fué inflexible. Logré que me temieran. Nunca me vieron sonreír, ni condescender a una broma. Siempre severo, perverso incluso, dispuesto a castigar la más mínima falta, llegué a ser el profesor más respetado e igualmente odiado. Pero algunos días me hubiera sentado entre ellos y juntos nos habríamos burlado del profesor.

Entre mis colegas me distinguí por mi mutismo. Apenas si saludaba. En los recreos me sentaba en un rincón corrigiendo escritos o preparando algún tema de clase, de tal modo que mi hosco retiro ahuyentaba a los más bondadosos que quizás hubieran querido manifestarme simpatía. A éstos les tenía más terror si cabe porque en su simpatía no veía sino compasión. Grupo junto al cual yo pasaba era grupo que enmudecía para luego burlarse de mí. Creía que al fin habrían de aburrirse del mismo tema y esa confianza me reconfortaba.

Pero quienes más odio me tomaron fueron los mismos que concurrían por las noches a casa de doña Encarnación. Por palabras sueltas oídas a las muchachas me enteré de su rencor que hacían ostensible cuando se tropezaban conmigo en la calle. Los había que desataban provocar una disputa para castigarme. Con frecuencia, al pasar frente a los cafés, los grupos de cinco o seis muchachos que parados ante la puerta mataban el tiempo, se referían a mí en voz alta con el objeto de que reaccionara violentamente y como no lo lograban pues yo apretaba el paso, casi huía de su presencia, insultaban al "protegido de la vieja" o a "ese tilingo de Montevideo que se cree muy hombre", etc. En una ocasión desperté sobresaltado,

mi sueño ya se había hecho liviano hasta desvanecerse a los ruidos de una agria disputa cerca de mi altillo. Varios de los asiduos de la casa habían concurrido borrachos y querían echarme a la calle a todo trance. Fué necesaria la enérgica defensa de doña Encarnación para evitarlo y al fin logró calmar

sus iras no sin que antes vomitaran un torrente de injurias sobre mi pobre persona. Aquella noche no pude conciliar el sueño; los estuve esperando, ¿por qué no decirlo? con ansia, para que se pusiera punto final al absurdo en que vivía.

A ellos se agregaron después los padres de los alumnos, acostumbrados a la extrema benignidad, por no decir ignorancia, de mi antecesor, el futuro yerno de Martínez, quienes después de detenerme varias veces en la calle para protestar del que llamaban afán vengativo contra sus hijos, concurrieron en masa al Liceo para dejar constancia de su desagrado por mis clases. Sus protestas, documentadas minuciosamente, pasaron a engrosar el expediente que contra mí forjaba el director desde la fecha de mi llegada. Con relación a ellos mi actitud fué de olímpico desprecio, lo que los irritó aún más, y en las clases fuí más severo que antes.

Si dentro del Liceo algunas personas me saludaban por obligación, fuera todas volvían la cara para no verme, y sólo algún paisano, que desconocía quien era yo, cumplía con el ritual de darme unas pesadas y lentas "Buenas tardes" cuando pasaba a su lado con aquel tranco de perseguido a que me acostumbré en poco tiempo.

¡Y qué despacio se iban los días! No terminaban nunca esas veinticuatro horas que antes me parecían tan veloces. Muchas veces, aguardé las últimas campanadas del reloj de la iglesia acodado en el alféizar de la ventana, a pesar de que las noches, progresivamente

- frías, anunciaban un muy cercano invierno, miraba rodar por la bóveda oscura del cielo como una bendición que sólo a mí me estaba reservada.

Entonces marcaba el día transcurrido con una cruz roja en el almanaque colgado frente a mi mesa, encima de los retratos de mamá y tuyo. Otra cruz hecha con sangre, me decía, y contaba y recontaba la fila perpendicular, para ver si en ese desgranar los números se aumentaban como por milagro. Catorce, quince, dieciséis, ¡qué pocas!, ¡qué duro poder agregar una más, porque significaba otro día infausto lleno de miedos, de delirios persecutorios, de los que emergía hacia la madrugada con un pedacito de calma que se me destruía apenas ponía el pie en la calle!

Frente a mí tenía aquel pequeño cementerio particular que contemplaba hora tras hora con una melancolía nerviosa, y a pesar de todo era feliz cuando dejaba testimonio de una nueva muerte. Muchas las había individualizado. Allí yace la alegría, arriba la confianza, aquí el valor, al lado la capacidad de trabajo, casi al empezar el sueño y luego la tranquilidad. Pedazos de mí mismo pluchados sobre el almanaque con sus respectivas crucecitas rojas.

Y cuando bajando la mirada contemplaba los retratos, exclamaba con el corazón ferviente:

Stolget auf, ihr alten Traûme!

Oeffne dich, du Herzenstor!

Ustedes eran mi otro mundo, el de los días felices, aquellos que se me escapaban de entre las manos y que yo quería prolongar hasta altas

horas sin obtener nunca el consentimiento de mamá. Si ella hubiera sabido qué destino me aguardaba, que llegaría el tiempo en que esos días fueran el único alimento de mi vida, ¡cuántas horas más hubiera concedido a mi alegría adolescente!

Ahora mismo acabo de agregar otra cruz, porque mientras te escribía han caído una tras otra, densas y aromadas, mezcladas con los mil ruidos de esta precoz primavera, las campanadas de la medianoche.

Pero no he intentado contar las filas de cruces rojas. Ya no importa.

III

Con quien cambiaba algunas palabras era con don Jacinto, quien me detuvo a los pocos días de haber tomado mis clases, diciéndome:

— Me alegro que haya pagado esa cuentita que debía pues se comentaba mucho el asunto.

—¿Quién le dijo?— pregunté sobresaltado; no había vuelto a poner los pies en el Club a la espera del fin de mes y de mi sueldo.

— Ya estaba presente cuando Encarna trajo el dinero en nombre suyo. Y entre paréntesis; no le encomiendo más esos recados. Es una ostentación inútil y a la larga contraproducente.

Tal era mi sorpresa que no agregué palabra ni contesté a sus preguntas sobre mi vida en casa de Encarna. Mis relaciones con doña Encarnación se habían reducido al mínimo. La sa-

ludaba al entrar si la encontraba, pues cuando salía de mañana temprano sólo estaba despierta la cocinera, y como comía en mi cuarto no tenía oportunidad, ni quería tenerla, de hablar con ella. Con las demás mujeres casi no me encontraba. Había tomado la precaución de llegar temprano de la tarde antes de que cayeran sus visitantes, y encerrarme en mi cuarto. Esto no impidió algunos encuentros enojosos de los que prefiero no hablarte porque sería entrar en demasiada suciedad. Baste con que los haya sufrido.

Aquel día, después de la noticia que me asentaría don Jacinto, me encaminé a casa dispuesto a hablar con doña Encarnación, a quien hallé con Clara y Luisa en el primer patio que es un gran espacio bordeado por las piezas, embaldosado con cuadrados blancos y negros y cubierto con una claraboya. Aunque me molestaban los testigos, en especial Luisa, me encaré con la patrona.

Sentada en una silla de paja, con todas sus carnes flojas que se hacían amplio sitio dentro de una bata de colores vivos, tomaba mate rodeada de sus gatas y conversaba con éstas y las muchachas mezclándolas en sus preguntas y reflexiones de modo que nunca se sabía con exactitud a quién se dirigía, si a los animales o a las personas.

—¿Usted ha pagado una cuenta que yo tenía en el Club?— pregunté, sin responder a su ceremonioso saludo y ofrecimiento de mate.

—Así es, hijo mío. Clara, acércale una silla.

La rehusé y apoyado en su respaldo para que no se notara el temblor de mis manos, conti-

nué con violencia.

—¿Con qué autorización? ¿Quién la mete en mis asuntos?

—Me meto yo sola. No preciso muletas. Por suerte tengo buenas piernas y un **corazón generoso que rebosa la bondad de una madre** para cuidar de mis pensionistas, a quienes quiero como a los hijos que el Señor me ha negado.

No se si con todos hacía lo mismo, pero era hablar conmigo y sembrar de inmediato su conversación con frases de los episodios radiales que devoraba todos los días pegada al receptor.

—Le ruego que no haga más ridícula mi situación, que ya lo es bastante.

—Yo nada he hecho para molestarlo, al contrario. Esperaba verlo agradecido y me lo encuentro hecho una furia. ¡Qué ingratitud! Y venir a decírmelo hoy, que la pobre Rosaura hubiera cumplido años. Rosaura, Rosaura, acércate hijita. Mira cómo me tratan—. Tomó entre sus manos gordezuelas una de las gatas y le refregaba el hocico contra su boca, besuqueándola y tirándole de las orejas con los dientes. Ese contacto con sus gatas me explicaba el origen de las paspaduras y ersemas que rodeaban sus labios y que en un primer momento había atribuido a repugnantes enfermedades propias de aquella casa. "Hijita, tu sabes que los **sufrimientos de una madre son nada comparados con los míos**, —esto pertenecía al episodio "Amor imposible" que oía de once y media a doce— que he dedicado mi vida a cuidarlas para evitarles los mil peligros que son como

acechanzas del demonio en el camino de Dios. No podrán negar mis sacrificios, ¿no es verdad Clara? ¿No es verdad Jacinta? Lo que pasa es que usted está solo en la ciudad y se va enterando de que la gente es mala... **con un manojo de víboras negras dentro del corazón.** ¿Y me lo dice a mí, a mí? Si lo sabré yo que hace años vengo luchando con la incompreensión y la envidia. ¿Y todo por qué? ¿Ahora una no puede poner un negocio y trabajar tranquila? Qué se meten en lo que una gana o deja de ganar, y cómo lo gana. Bien decía aquel amigo de Rosaura, que hay que volver a la libre empresa. ¿No es cierto m'hija? Tu que estás en la gloria, —se murió como un angelito—, le dirás a Dios cómo te he tratado siempre, para que me reserve un sitito a mi medida al lado de El. Tienes que contarle todo lo que hice por tí, cómo te maté el hambre y te enseñé a tratar a la gente que si no nunca hubieras conseguido nada. Es feo decirlo, pero soy una mártir.

Vislumbré una salida abierta y me apresuré a decirle, dulcificando la voz:

—Yo tampoco quiero ocasionarle molestias y he pensado mudarme a otra casa.

—¡Pero si a mi usted no me molesta para nada! Bien sé que mi casa es humilde y poca cosa para un profesor. Si yo misma se lo dije cuando vino, ¿no se acuerda? ¿Ahora no recuerda que no quería aceptarlo? Fué usted el que insistió y casi me pidió de rodillas que lo dejara vivir aquí. No dirá que miento. Lamentaré mucho que usted se vaya porque le voy a confesar, José Luis, que lo quiero como a un

hijo, el que nunca tuve. Aunque más no sea que por su difunta madre. ¡Pobrecita! Para ella, desde la gloria, debe ser un consuelo saber que una mujer se preocupa de su José Luis.

Como me mantenía callado, después de una pausa doña Encarnación volvió a insistir.

—¿Pero, qué le pasa conmigo? ¿Adónde irá que lo traten tan bien y le cobren tan poco? No pensará irse porque le cobro mucho. Usted es como un hijo para mí y estoy dispuesta a cualquier sacrificio. ¿Le parece caro cuarenta y cinco pesos?

—No señora, al contrario, pero quisiera mudarme.

—A usted le han hablado mal de mí, estoy segura, si conoceré a mis paisanos. Yo también debía irme de aquí. En Montevideo sería otra cosa.

No señora, nadie me habló mal —contestó acamante.

¿Y entonces? Le faltan comodidades, ¿no es eso? Yo pensaba ofrecerle mi sala de recibo, para que usted la usara dos veces por semana. Invite a sus amigos, a los profesores. ¡A mí me gusta tanto la vida de sociedad! Pero me hacen el vacío.

No señora, no quiero comodidades. Lo que quiero es irme.

¡Ah, qué ingratitude! Cría hijos y te los sacarán los cuervos. Ya se arrepentirá, ya volverá a pedirme que lo reciba otra vez. ¿Dónde va a encontrar una casa tan hospitalaria como la mía? Pero está bien. Veremos. Clara, traeme la libreta de cuentas que está en el cajón del toilette.

acechanzas del demonio en el camino de Dios. No podrán negar mis sacrificios, ¿no es verdad Clara? ¿No es verdad Jacinta? Lo que pasa es que usted está solo en la ciudad y se va enterando de que la gente es mala... **con un manojo de víboras negras dentro del corazón.** ¿Y me lo dice a mí, a mí? Si lo sabré yo que hace años vengo luchando con la incompreensión y la envidia. ¿Y todo por qué? ¿Ahora una no puede poner un negocio y trabajar tranquila? Qué se meten en lo que una gana o deja de ganar, y cómo lo gana. Bien decía aquel amigo de Rosaura, que hay que volver a la libre empresa. ¿No es cierto m'hija? Tu que estás en la gloria, —se murió como un angelito—, le dirás a Dios cómo te he tratado siempre, para que me reserve un sitito a mi medida al lado de El. Tienes que contarle todo lo que hice por tí, cómo te maté el hambre y te enseñé a tratar a la gente que si no nunca hubieras conseguido nada. Es feo decirlo, pero soy una mártir.

Vislumbré una salida abierta y me apresuré a decirle, dulcificando la voz:

—Yo tampoco quiero ocasionarle molestias y he pensado mudarme a otra casa.

—¡Pero si a mi usted no me molesta para nada! Bien sé que mi casa es humilde y poca cosa para un profesor. Si yo misma se lo dije cuando vino, ¿no se acuerda? ¿Ahora no recuerda que no quería aceptarlo? Fué usted el que insistió y casi me pidió de rodillas que lo dejara vivir aquí. No dirá que miento. Lamentaré mucho que usted se vaya porque le voy a confesar, José Luis, que lo quiero como a un

hijo, el que nunca tuve. Aunque más no sea que por su difunta madre. ¡Pobrecita! Para ella, desde la gloria, debe ser un consuelo saber que una mujer se preocupa de su José Luis.

Como me mantenía callado, después de una pausa doña Encarnación volvió a insistir.

—¿Pero, qué le pasa conmigo? ¿Adónde irá que lo traten tan bien y le cobren tan poco? No pensará irse porque le cobro mucho. Usted es como un hijo para mí y estoy dispuesta a cualquier sacrificio. ¿Le parece caro cuarenta y cinco pesos?

—No señora, al contrario, pero quisiera mudarme.

—A usted le han hablado mal de mí, estoy segura, si conoceré a mis paisanos. Yo también debía irme de aquí. En Montevideo sería otra cosa.

—No señora, nadie me habló mal —contesté secamente.

—¿Y entonces? Le faltan comodidades, ¿no es eso? Yo pensaba ofrecerle mi sala de recibo, para que usted la usara dos veces por semana. Invite a sus amigos, a los profesores. ¡A mí me gusta tanto la vida de sociedad! Pero me hacen el vacío.

No señora, no quiero comodidades. Lo que quiero es irme.

¡Ah, qué ingratitude! Cría hijos y te los sacarán los cuervos. Ya se arrepentirá, ya volverá a pedirme que lo reciba otra vez. ¿Dónde va a encontrar una casa tan hospitalaria como la mía? Pero está bien. Veremos. Clara, traeme la libreta de cuentas que está en el cajón del toilette.

—Pero.... resulta que... no tengo dinero para pagarle.

—¡Ajá! ¿Y qué quiere que le haga?

—Que me fíe. Cuando cobre a fin de mes le pagaré.

—¡Ah no! Ese cuento me lo han hecho muchos antes que usted. Y ahora no le fío a nadie ni dejo que éstas lo hagan. Si usted quiere irse, váyase en buena hora que la puerta de mi casa nunca está cerrada, ni de día ni de noche, pero antes, tiquitaque, la plata.

Luisa se echó a reír y le gritó a Clara.

—No busques más que el mocito no se va.

—No, si no busco eso, —se oyó la voz de la otra— no encuentro el batón— y apareció en el vano de la puerta con una ropa mínima, pues ya no se cuidaban de mi presencia, y hacían su vida miserable de siempre como si yo no existiera.

Fuí a encerrarme en mi cuarto, más desesperado que nunca pues esta escena me hizo comprender que aquella vieja me tenía entre sus manos y que no me soltaría por las buenas. Antes le oí exclamar con asco: “Pero si ésta no es Rosaura, es Edelmira. Fuera bicho. ¿Dónde está Rosaura? Me la dejan sola justo el día de su cumpleaños. Va a pasar una desgracia, estoy segura. Y para peor el agua del mate fría. Rosaura, ¿dónde está Rosaura?”.

Lo que no entendía era el por qué de su actitud. ¿Qué ganaba con tenerme en su casa prisionero? Porque eso era lo evidente: ella debía saber que nunca dejaría de pagarle y al mismo tiempo yo era visiblemente un estorbo en sus vidas. No puedo ocultarte que llegué a

pensar, cuando trataba de explicarme los motivos de la conducta de doña Encarnación, en las más atroces monstruosidades. Le atribuí horribles proyectos en los que yo entraba como un engranaje más de esa máquina de hacer dinero mediante la degeneración, que ella había montado sagazmente. Se me presentaba como un ser verdaderamente infernal.

En una ocasión, cuando bajaba la escalera sorprendí este diálogo entre Amalia y Suzy que merendaban en la cocina del fondo.

—Hoy vino de nuevo don Nicolás, —decía Suzy.

—¿Le pagaron?

—No, Encarna le pidió que pasara esta noche.

—¡Ah, eso sí que no! —exclamó Amalia— que la vieja se arregle con él pero que no venga a sacarnos el jugo a nosotras, ¡qué diablos!

¡El viejo no es malo, y me mira de un modo!

Vos quedate muy tranquila y no le aflojés a Encarna por nada del mundo. Lo conozco bien a ese Nicolás. Si te dicen algo, me los mandás a mí. Vos a ver como no insisten conmigo. Al fin de cuentas ella fué la que arregló todo para que le trajeran un tipo; ahí lo tiene. Que vea el modo de utilizarlo como quiera, pero sin molestar a nosotras en el río.

¿Sabés? A mí me da lástima el pobre. ¡Tiene una cara de afligido!

—A mí también, pero es hombre, ¡qué embromar! Que se defienda si no le gusta.

Oí que alguien se aproximaba y me apresuré

a volver a mi cuarto. Esa conversación me inquietó aún más y busqué por todos los medios eludir la presencia de doña Encarnación, que se mostraba cada vez más obsequiosa, sonriendo plácidamente cuando me veía y preguntándome siempre si necesitaba algo. Mi inquietud creció cuando reparé en que había dado en la costumbre de tutearme, saludándome con un "Adios m'hijo" o "Dios te haga un santo" que me ponía los pelos de punta.

Me detenía en mitad del patio, donde parecía aguardarme, pidiéndome benevolencia para con algunos discípulos, como "Rubén el hijo de Anastasio, que el pobre está muy asustado y con razón. Tú les pedís demasiado estudio. Aquí no es Montevideo, los muchachos no son tan instruídos. Hay que ser más bueno José Luis". Le decía a todo que sí para sacármela de encima e incluso disculpé los errores de algunos alumnos, respondiendo a su pedido, ya que de ese modo no me veía en la obligación de oírla día tras día repitiéndome las quejas de una presunta comadre o del amigo de Clara. Pero a pesar de mi condescendencia, no cejaba en sus reclamos que se sucedían cada vez más insistentes, mezclados con noticias de la vida de sus gatas, fragmentos de episodios, o consultas sobre los temas más disparatados en los que yo siempre era un maestro que lo sabía todo.

Por esa época comenzó a recibir visitas en la célebre sala, recompensando así los años dedicados a su custodia a la espera del momento en que pudiera formar un cenáculo de amigas con las cuales comadrear de lo fino, comen-

tando y cortando vidas y haciendas ajenas y platicando largamente sobre los asuntos de la vecindad. Pero no fueron amigas las que concurrían en las primeras horas de la tarde, ni ponían sus pies en la sala por súbita simpatía hacia Encarnación, sino que, haciendo de tripas corazón, recurrían a ella para que intercediera ante mí con el fin de obtener benevolencia hacia sus hijos, que eran mis alumnos. Yo le concedí a doña Encarnación, aunque sin saberlo, una de las alegrías que más halagaron su insatisfecha vanidad: recibir la visita de señoras y conversar con ellas en un mismo plano. Porque esa era su secreta ambición: tener una casa y vivir la misma vida que llevaban las demás mujeres en sus hogares, y no entendía que hubiera contradicción entre este deseo y el negocio que regentaba. Desde la una y media de la tarde y con las mil precauciones y someros del caso, aparecían en la puerta del prostíbulo algunas señoras a las que Encarna introducida de inmediato en su sala no permitiendo que vieran a ninguna de las muchachas, que se limitaban a oír detrás de la puerta. En tanto sus visitas buscaban la forma de liquidar rápidamente los asuntos que las tratan a ese infierno, Encarna conversaba por lo largo, contaba chismes, se interesaba muy minuciosamente por la vida de todas ellas, interrumpiéndolas mil veces cuando se disponían a entrar al grano. Se confiaba en su jarabe de plico para ir conquistándolas de a poco, encareciendo los desvelos que se tomaba por sus nuevas amigas y que la obligaban a vencer a la fiera (la fiera era yo) empleando sus mejores

energías. Ante la perspectiva de crear, por fin, su salón, desplegaba sus admirables artimañas de vieja cascoteada que conoce el mundo y sabe sacarle jugo, y procuraba crear motivos para reiterar las visitas o para que se le autorizara a allegarse, aunque no fuera más que hasta el vestibulo, de las casas de las decentísimas señoras que usufructuaban su mediación. Pero además jugaba con su poderosa arma de combate que enseñaba como al descuido, para tentarlas, sin ir más allá, en esa primera época, que provocarles la dentera necesaria a sus fines. Porque doña Encarnación era la perfecta conocedora de todas las intrigas, pequeñas y grandes suciedades, miserias, deslices y chismes de la ciudad. Sabía todo lo que conocía el cura y además lo que éste no sabía, que era muchísimo. Su conocimiento de las vidas privadas no lo hubiera conseguido ni una numerosa sociedad de conjurados dedicada enteramente a ese fin. Ella, casi sola, con sus gatas y hijas, con sus pocos amigos fuera de la casa, había llegado a descubrir los secretos más celosamente guardados. Y era ese conocimiento infernal el que atraía fatalmente a sus visitantes, pero a pesar de la tentación no transaban con la casa, y poner el pie en el umbral del prostíbulo era un sacrificio que se juraban no repetir.

Pero estas conquistas de su amor propio, que por cierto duraron poco tiempo, no constituían el motivo fundamental de sus propósitos para conmigo. Recién más tarde alcancé a enterarme qué sencillo y qué importante era el papel

que yo jugaba en su comedia, que más bien fué una farsa repugnante en la que de mal grado me vi caer.

IV

Mi consuelo eran tus cartas. Tu no puedes imaginar lo que es vivir a la espera de una carta, y cuando llega meterla en el bolsillo sin abrirla para prolongar unas horas más la inmensa alegría que me deparaba. A cada minuto la tocaba disimuladamente para cerciorarme de su existencia. Disponía que ese día debía ser de fiesta y después de almorzar me iba al campo. Caminaba mucho, hasta que las lomas cercanas me ocultaban la ciudad. Cuando estaba seguro de mi aislamiento, en un campo desierto, bajo un cielo, alegre o tormentoso, que acompañaba mi soledad, abría el sobre. Recién a la tercera lectura empezaba a comprender lo que me decías y aún más tardaba en desenredarme de la ternura que me invadía, como si tú estu-

vieras a mi lado, antes de desentrañar el sentido de tus palabras. Te seguía en tu vida con el corazón anhelante, llenando los huecos que tu dejabas, pues aunque te había rogado que me contaras minuciosamente tus cosas, muchas veces te saltabas horas enteras que yo debía reconstruir con paciencia. Y luego leía entre líneas: si estabas preocupada, si eras sincera, si te sentías triste, qué nuevas cosas te iluminaban.

Fué así, observándote a través de tus cartas, que fui descubriendo mucho antes de que te atrevieras a contármelo, lo de Jorge. Primero me dolió, llegó a reprochártelo como una traición a nuestro mutuo cariño y me decía: "Bien pronto se consoló de mi ausencia, no perdió el tiempo". Pero al fin mi egoísmo fué vencido por la alegría que manifestaba tu carta. Tu no podías notarlo, pero al escribirme de cualquier cosa, del tiempo, de tus vestidos, te ponías transparente y luminosa y en cada una de las pequeñas tonterías que acumulabas en tu carta me confesabas: "Estoy enamorada de Jorge". ¡Qué alivio que fuera él y no otro desconocido! Pude suspirar con fiado. Él sabrá hacerte feliz.

Pero del principio al fin la misma queja: ¿por qué no te escribía? ¿qué me pasaba? Ya en tu quinta carta la inquietud se trasuntaba en el propósito de cometer locuras como la de trasladarte a X. Si hubieras sabido que no tenía dinero para remitirte una carta, ni nadie de confianza entre las decenas de personas que un día sí y otro también viajaban a Montevideo, ni valor para abordar a un desconocido. Esta pregunta constante de tus car-

tas me impedía disfrutar de ellas como hubiera querido y a veces deseaba que llegaran pero también las temía, aunque cuando el portero del Liceo me anunciaba: "Hay carta para usted", corría a buscarla.

En la única librería que más bien es salón de revistas, intenté vender mis libros. Después de acechar en la esquina con el paquete bajo el brazo que no hubiera ningún cliente, me apresuré a ofrecer la parte de mis libros que creí podrían interesarles. Para mayor vergüenza quien me atendió fué uno de mis alumnos a quien displicentemente le pedí que me los comprara. Se negó con razones confusas y ni los quiso ver cuando los desenvolví. Ignoraba que se habían propuesto vengarse de algún modo de mi conducta para con ellos, pero era tanto mi apuro que insistí diciéndole:

—Son diez libros. A mí me molestan. Hagamos cincuenta centésimos como precio simbólico.

—Ya le dije que no puedo. Aquí no compramos libros usados—. Un inmenso cartel en la vidriera lo desmentía.

—Bueno, quédese con ellos, se los regalo.

—No señor, no los quiero. Lléveselos.

Me puse lívido como si me hubieran abofeteado, y no me decidía a salir porque en el espejo colocado encima de los anaqueles veía a don Jacinto que parado ante el escaparate me observaba atentamente. Entró y haciéndose el sorprendido me preguntó:

—¿Cómo? ¿Usted por aquí?

—Sí.

—¿Está en busca de algún libro? Buenos días

Mario. Aquí nunca se encuentra nada.

—No; miraba.

—¿Ha comprado todos esos? —me preguntó señalando los libros que torpemente trataba de envolver.

—No. Me sobran y había pensado venderlos. En mi pieza, que es muy pequeña, son un estorbo.

—Pero amigo, mejor que los done a la biblioteca del Liceo donde serán muy útiles.

—No había pensado. Usted tiene razón.

—Claro, démelos que yo mismo los llevaré, pues debo pasar frente al Liceo de camino para casa.

El mismo ató el envoltorio y salimos. Conversamos de bueyes perdidos mientras íbamos por la calle, cuando de pronto se entrepasó y me espetó a boca de jarro:

—¿Usted no andará sin plata?

Le iba a decir que no pero me salió esta otra frase:

—Al, necesito un par de pesos. ¿Usted no tendrá?

—¿Un par de pesos?

Nada más. Para retirar una encomienda de la estación. Por no ir a buscar a casa.

Abrió la billetera, después de pedirme que le tuviera los libros, y contó con una sola mirada, sola billetera de diez.

No, aquí no tengo, —dijo, y se revisó los bolsillos sacando dos de a cinco, uno de a diez y otra de cincuenta contálmolos que me mostro — ¡Es lo único chico que me queda. ¿Si le alcanza?

—No, pero no importa, deje nomás, —me

apresuré a decir— voy hasta casa y mientras retiro la orden—. Aquella fortuna me había mareado.

Don Jacinto guardó el dinero sin insistir y me interrogó sobre mis clases. Me desahugué. No recuerdo que le dije, porque seguía encandilado con la billetera repleta y pensaba si no habría un modo de confesarle que necesitaba de apuro unos pesos. Sólo me quedó en la memoria una frase: “No veo qué diferencia hay entre ese Liceo y una academia de asnos” porque al día siguiente oí cómo la secretaria se la comunicaba con grandes aspavientos a otro profesor sin reparar que, sentado a pocos metros, la estaba oyendo. Ello provocó en mí una actitud de recelo con respecto a don Jacinto quien se mostraba obsequioso de un modo que me daba que temer.

Aquella tarde no podía despegarme de don Jacinto y daba vueltas a la conversación para lograr que me preguntara de nuevo si tenía o no dinero. Trataba de llevarlo al terreno de las dificultades económicas, la vida en X, lo caro de los artículos; hablé de que no me habían caro de los artículos; hablé de que no habían abonado los sueldos todavía a pesar de que estábamos a diez de junio, pero no se daba por aludido. Dos o tres veces me miró fijo, y callé esperando que insistiera en mi falta de dinero, pero luego de una pausa cambiaba de tema. Cuando llegamos frente al Liceo se despidió. Le dije que lo esperaría en la puerta. Tardó media hora.

—Perdone que lo haya hecho esperar, pero la secretaria no me entendía. Usted tiene razón:

las gentes de aquí son muy torpes. ¡Ah! la donación la hice a mi nombre porque sospeché que usted no quería aparecer favoreciendo al loco después de lo que dijo.

—Claro, claro, —contesté— muchas gracias.

—Bueno,— me miré fijo y agregé—: hasta pronto. Estoy apurado.

Me estrechó la mano y en el mismo momento en que se daba vuelta para alejarse me atreví a decirle:

—Don Jacinto, ¿Usted no me podría hacer el favor de prestarme por unos días diez pesos? Me los devuelvo en cuanto cobre, sin falta. Puede estar seguro.

—Pero hijo...

—Es que mi hermana cumple años, y quisiera enviarte un regalo. ¿Sabe usted? Dió la casualidad que me quedé sin dinero; gastando un poco aquí y otro allá se fué yendo y ahora... imagínese.

Por su cara sospecho que se trata de algo más grave que un regalo.

—Sí —dijo algo más tranquilo—. Ella necesita ese dinero y me lo he ido gastando. Quisiera mandarle, aunque más no fuera, diez pesos y a fin de mes el resto.

Me resulta muy penoso verlo en esa situación, gastándose con esas mujeres el dinero de su pobre hermana, que seguramente lo necesita para comer. Asíén ahora comprendo por qué insistió en vivir en esa casa.

Usted me entendió mal. No tengo dinero; nunca lo tuve. El mismo día en que llegué me quedé sin los veintiséis pesos que traía y yo esperaba que me duraran todo el mes. No se

los dí a nadie, pero tuve que pagar la consumición del Club y además a don Nicolás, y los veinte que me quedaron...

—Bueno, perdóneme, pero estoy muy apurado. Me hubiera dicho antes. El dinero que le mostré, además, no era mío. Es del fondo recolectado por los alumnos para comprar libros y se lo entregué a la secretaria del Liceo.

Vuelvo a ver, a revivir estos sucesos, que cruzan ahora frente a mi mirada como en una pantalla cinematográfica. Podría repetirte los gestos uno a uno y creo que de proponérmelo no olvidaría ni una sola palabra. Veo cómo me quedé solo y abochornado en la esquina del Liceo contemplando a don Jacinto que descendía por la calle de palmas, encorvado, con sus pasos menuditos, volviendo la cabeza para observarme sobre el hombro. Sospeché que reía pero debió ser ilusión de mis sentidos.

Han quedado grabados en mí todos esos detalles con nitidez, acumulándose cada vez con más pronunciado relieve hasta bastarme evocarlos distraídamente para sentir que de nuevo me punzan, y me esfuerzo para continuar mi camino sonriendo y la cara, traicionera, va endureciéndose, cargándose de arrugas, pesándome la cabeza, todo el cuerpo que quiere caer a la tierra y convertirse en polvo. Nunca he podido recordar con precisión las buenas horas de mi vida pero en cambio, a modo de compensación burlona, toda herida deja en mí una huella permanente. El menor rasguño se conserva intacto sobre mi piel durante años y hoy podría historiarle mis desventuras de niño con tal precisión que te horrorizarías. Pero ¿dónde

están las alegres horas de los juegos infantiles? ¿dónde se han ido la risa, el corretear gozoso, aquel modo de guiñar pícaramente los ojos que tú me contaste que tenía de niño? Nada de eso rescata el recuerdo. Sólo veo avanzar en apretadas filas las lastimaduras, los miedos, las luchas conmigo mismo, las inacabables horas de tristeza, el abandono, la burla, la desconsideración, la maldad desinteresada, esa maldad inconciente de los seres queridos que duele más que todos los ultrajes. Y hay más todavía. También avanza el desprecio, el "sufre infeliz", el "no hay sitio para tí", "apártate que a mí me corresponde gozar", la complacencia en el herir, la falta de solidaridad, el secreto goce de producir el mal. Los veo avanzar y los evoco recordando aquellas fotografías de la ilustración en que se veía desfilan por las calles de París a los inválidos de la guerra. Así, como en una visión de pesadilla, siento que crecen bajo mi piel y me cubren las llagas que fui acumulando y custodiando durante años. Y estos meses en ...X completaron la paciente obra de destrucción que otros habían comenzado.

V

Fuse en práctica la estratagema de robar sobres oficiales en la Dirección del Liceo y al fin pude enviarte una carta. No contaba con que el jefe del Correo era el profesor de Matemáticas, quien la retuvo entregándosela a Martínez. No quiero cansarte contándote el escándalo, las declaraciones, los interrogatorios, las idas y venidas que provocó la sustracción de un sobre. Había violado no sé qué leyes sobre correspondencia oficial y no querían desaprovechar esa oportunidad de molestarme.

Ese modo de hostilizarme a cada instante me había hecho indiferente a la fuerza. Sobre mí rodaban unos tras otros los ataques y las injurias sin que tuviera fuerzas para reaccionar. Aquel odio sólo había conseguido hacerme hiriente con los que me interpelaban hasta conse-

guir que nadie se me acercara para no ser objeto de mi sarcasmo. Me burlaba de todos, los ridiculizaba sin piedad, aun sabiendo que mis frases, por insignificantes que fueran, serían repetidas de boca en boca, aumentadas y tergiversadas para proporcionar pasto a la inquina general. Respondí al odio con el desprecio.

Pero el escándalo que provocó el robo de sobres me depará una mínima ayuda de quien no lo hubiera esperado nunca: de doña Encarnación.

Una tarde, cuando tirado en la cama me abandonaba a mi ensueño donde me vengaba cabalmente de los que me habían hecho sufrir, golpearon a la puerta del altillo. Era la patrona, como también habían dado en llamarla, que sin aguardar respuesta entró en el cuarto.

Perdoná si te molesto, José Luis, pero estaba sola y como tú también estás solo, dije, ¿qué mejor que hacernos compañía?— Detrás de ella se colaron las tres gatas que después de husmear por los rincones con desconfianza, se treparon sobre doña Encarnación, echándose a dormir contentas.

Estaba mirando unas fotos viejas que tenía en el tocador y me alargó un mazo de ellas que trató en la mano. Mirar fotos viejas da mucha tristeza, ¿no te parece? Aunque no hay que estar triste nunca, pero, a veces, qué se le va a hacer. ¡Cán soy yo cuando tenía veinte años! Era linda, ¿no es cierto? ¡Me lo dijeron tantas y tantas veces! ¡Cómo pasa el tiempo! Me parece que fué ayer. En aquel entonces vivía en Montevideo, ¡y qué bien vivía! No me

faltaba plata, ni amigos, y te diré, hasta lo último los tuve, y jóvenes y buenos mozos. Mienten los que dicen que andaba tirada cuando me vine para acá. Hice mal en venirme. Yo también tenía un proyecto: juntar un poco de plata, casarme, porque los años van pasando y uno nunca sabe qué va a ocurrir mañana. Y quedarse solo cuando viejo es feo José Luis. Eso debés pensar tú. Andar siempre solo es malo, daña la salud. Mírame a mí. Yo pensaba tener una casa y dedicarme a criar hijos como cualquier otra. Al fin de cuentas, ¿por qué no? Tengo tanto derecho como la que más. Pero las cosas rodaron mal y aquí me ves, trabajando, luchando contra mis paisanos que quieren echarme. ¿Vos creés que está mal lo que hago? Tanto tirarme piedras a veces pienso si no haré mal. Pero no, si no fuera yo, sería otra y entonces por qué voy a dejarle el campo libre a las demás que son peor, si las conoceré yo. Además a las muchachas las trato bien. Y a éstas —dijo mostrando las gatas gordas y pesadas dormidas en su falda y sobre sus pies— las cuidé como una madre cuando se enfermaron y estoy segura que desde el cielo me bendicen todos los días.

Quise aprovechar la benignidad en que parecía hallarse doña Encarnación para explicar que no podía pagarle, pues con motivo del lío de los sobres no me habían abonado el primer sueldo y ya hacía cerca de dos meses que vivía en su casa.

—Doña Encarnación, no sé si usted sabe que he tenido una complicación en el Liceo y... no me han pagado. Le aseguro que en cuanto

cobre le entregaré el dinero que le adeudo.

—Pero hijo, no hay ningún apuro. Yo te tengo confianza. Ya me había enterado de eso y pensé: Pobre José Luis, debe andar muy preocupado y además sin plata, que es la peor manera de andar preocupado. Mirá, yo puedo prestarte algo si es que necesitas.

—No, de ningún modo, no necesito nada. A mí me daba asco recibir dinero de esa mujer, a quien hacía responsable directa de mi desgracia.

Vamos, nada de remilgos conmigo, si podés ser mi hijo. Mucho no te puedo dar, ¿para qué voy a mentir? porque tampoco a mí me va muy bien, los tiempos andan malos, los clientes se muestran reacios. Además todo es tan caro! A las muchachas no sé qué les pasa, parecen enaguachadas y los amiguitos me mosquean todo el día por los alrededores, molestando y espantando la gente bien.

Mientras hablaba y yo protestaba, ella se revolvió entre los senos hasta sacar una cartera de la que extrajo un billete de diez pesos, pingoso y apelmazado.

Tomá, no tengo más, pero para ir tirando...

Guárdelo señora, le digo que no necesito esciamé con los ojos fijos en los diez pesos que me extendía.

Mi yo sé que no es así. Tomá, —y asíéndome del puño me introdujo la pelotita de diez pesos en la mano, cerrándomela luego—. Hoy por ti, mañana por mí. Tenemos que ayudarnos, sobre todo nosotros que somos tan mal tratados por los demás. Ya vendrá el día en que te pida ayuda —agregó levantándose— y sé que en-

tonces no me la negarás como han hecho otros, porque tú sí que eres bueno, porque eres desgraciado. Mirá José Luis, si llegás a necesitar más dinero, decímelo sin miedo. ¿Querés? Aquí estamos para ayudarnos unos a los otros.

Aquel día te envié mi primera carta que remití por encomienda culpando al Correo de que se hubieran perdido las anteriores.

Pero dos tristes sucesos terminaron de desesperarme. Cuando pocos días después entré al Liceo, me abordó la secretaria, una pedante insufrible, solicitándome dinero para becar a varios alumnos. Me refregó la lista por los ojos para que viera que todos los profesores habían puesto veinte pesos y que sólo faltaba yo.

—No tengo dinero — contesté con la cara hecha un fuego. ..

—No importa, si usted firma se le descontará del sueldo cuando cobre. Es una colaboración de diez pesos mensuales durante dos años.

Como había hecho mil veces mis cuentas sabía que no me sobraba un solo peso de los magros ciento cuarenta de sueldo, si quería enviarte ochenta tal como habíamos acordado. Además me exasperaba el tonito de desprecio con que se me pedía dinero, como si se rebajaran admitiendo unapestado en la convivencia de los sanos.

—No pienso dar nada.

—Pero señor, es por el bien de cuatro jóvenes que podrán hacer una carrera.

—Mire señorita, en Montevideo hay bastantes burros como para que todavía les envíen los de aquí.

La dejé plantada y al entrar en la biblioteca

el Dr. Martínez, que se hallaba rodeado de profesores, me interpeló en voz alta, encandilándose con sus lentes negros, sin cuidarse de los alumnos que estudiaban y que atendieron en seguida a la escena.

—Acabo de enterarme con gran sorpresa que usted sigue habitando en ese prostíbulo. Le notifiqué el día de su llegada que se trasladara a un hotel. Esta situación no puede continuar un minuto más.

—Su interrogación injuriosa me hirvió la sangre.

—Mi vida privada es de mi exclusiva pertenencia y no la concedo a nadie y menos a usted fingiéndola en ella.

—Como director es mi deber velar por la moral de los educandos.

—En modo alguno perjudico esa moral. Mis clases son testimoniales.

—Para su vida.

—Mi vida es cosa mía, enténdalo de una vez por todas. A mí no se me ocurre protestar en público porque últimamente usted se acueste todas las noches con su mujer—. Me había enterado que desde mi llegada él había suspendido sus visitas a Amalia.

—Para ¿de qué está hablando usted? ¿Qué dice?

—No sé. Alía usted con sus asuntos y yo con los míos.

—Mis asuntos son cuidar de la moral de los profesores del Instituto que dirijo.

—Mejor que cuidara de los conocimientos de sus profesores.

—¿Qué quiere usted decir? No calumnie por-

que no lo permitiré. ¿A quién se refiere? A ver si tiene el valor de decir nombres.

—Me refiero a esos futuros e hipotéticos yernos.

En aquel momento sonó el timbre. Huí hacia mi clase y la atendí en un estado de sobreexcitación que al salir se convirtió en una crisis nerviosa. Me alejé rumbo al campo porque quería estar solo y progresivamente, sin poder impedirlo, fuí perdiendo todo sentido de la realidad. El cerebro me trabajaba como un autó-mata enfurecido fraguando una horrible historia en la que moría como un mártir y el Dr. Martínez, quitándose los lentes al pie de mi cama, me imploraba perdón. Yo le gritaba: "Sufrá, sufrá, porque nunca será bastante su desgracia para pagar mi vida destrozada. Miserable, míreme morir" y él repetía: "Pero no ve que soy ciego, pero no ve que soy ciego".

Esa horrible historia me acongojaba de tal modo que me faltaba la respiración y al fin caí al suelo rendido, rogando al cielo para que pusiera fin a aquel suplicio.

Este tipo de crisis se fué haciendo habitual y hubo días enteros que pasé en una atmósfera intermedia entre el ensueño y la locura, porque yo mismo prefería la perspectiva de esas horas extrañas a tener que enfrentarme con la realidad. Mi mayor anhelo consistía en poder dictar mis clases y luego dormir indefinidamente hasta el otro día, sin enterarme de nada, ni siquiera de mi propia existencia. Pero incluso ese sueño mínimo y reparador me fué negado, y cuando lograba hundirme en el olvido, mis días eran reemplazados por pesadillas abruma-

doras de las que despertaba más angustiado aun.

Por fin conseguí forjar un sueño voluntario. De noche al acostarme pensaba en tí, en nuestra vida con mamá, nuestras tardes de música, el trajo celeste pastel con el tul negro que tú vestías los días de fiesta, la invasión de rosas con que festejábamos el cumpleaños de mamá, los libros que leíamos y discutíamos juntos, y espiritaba mi memoria para reproducir nuestras conversaciones de las que nunca pensé depender de modo tan exclusivo, hasta que la materia de estos dulces recuerdos se resolvía en un simple culmo. Pero nunca podía descuidarme porque de pronto mamá tomaba el rostro de doña Encarnación o el piano se transformaba en los que reían de mí y trabajosamente debía volver las figuras a sus formas anteriores.

He podido por fin apagar la luz de la vela-dora. Ha el alba. He escrito toda la noche. El sueño y el amanecido me vencen. Además tengo frío: a pesar de la adelantada primavera, las madrugadas son muy frías y la ventana quedó abierta. No me levanté a cerrarla por miedo a que entonces me saltara la tentación. Tengo la puerta cerrada e incluso he pensado en atarlas cuando duermo. La inmovilidad, el frío, el sueño, el corazón pesado. ¡Ah! dormir, dormir.

VI

Mis únicas horas, si no alegres, por lo menos tranquilas, eran las consagradas a largos paseos por el campo, donde reponía mi espíritu y mi cuerpo. ¡Y bien que lo necesitaba! En un mes había adelgazado hasta quedarme en los huesos y mi cara era la de un loco: hondos ojeras, mirar extraviado, toda clase de tics nerviosos. Sin darme cuenta hablaba en voz alta cuando iba solo por la calle y cualquier grito me sobreexcitaba como si fuera el anuncio de una nueva desgracia.

Llegué a conocer muy bien los rancheríos cercanos a la ciudad a través de los cuales deambulaba seguido por las miradas perplejas de mujeres y hombres, y la numerosa chiquilina que se agrupaba con sorpresa para verme pa-

mar. Aquella miseria, paradójicamente, me reconfortaba, pues los responsables eran para mí los mismos que me atacaban en la ciudad. Hubiera querido ver a aquellos hombres levantarse en armas y poner fuego a la ciudad entera. Habría estado junto a ellos. En uno de mis ensueños, que se arrastraba días enteros completándose y perfeccionándose hasta que era sustituido por nuevas locuras, me veía encabezando una rebelión sangrienta que entraba a saco en la ciudad y era yo el que clavaba la espada en el cuerpo del aterrorizado Martínez, en tanto que mis soldados despanzurraban a las mujeres empezando por doña Encarnación.

Luego fui conociendo el campo abierto más allá de las granjas municipales que señalaban el límite poblado de la ciudad. Bien abrigado por aquellos días fríos de principios de invierno, luchaba bajo persistentes lloviznas, cansado por lomas y declives hasta que el cansancio me obligaba a regresar. Pero entonces, al regresar de mis paseos, caía como un plomo en la cama consiguiendo de este modo dormir a plenas sueltas, sin pesadillas, hasta el día siguiente.

Allí, en mitad del campo, podía hablar en voz alta, gritar sin ser oído los despropósitos que imaginaba o escribir en ringlera los pocos poemas que llenaban mi memoria y que me recordaban la presencia. Y también recuperaba las melodías que más quería mamá, con dificultad, pero con una íntima satisfacción cada vez que podía reconstruir fielmente el juego musical de una suite de Bach. La ausencia de música era una de las cosas que más me dolía,

y en estos paseos trataba de desquitarme del silencio poblado de fantasmas que me dominaba en el estrecho recinto de mi altillo. A veces me quedaba embobado oyendo un canto de pájaros y me lo repetía bajito por ver si era posible descubrir su secreta melodía. Los fui conociendo uno a uno, esmerándome por averiguar si era el suyo un lenguaje. En una ocasión los oí reproducir, casi milagrosamente, un tema de Haydn, alborotando en el centro de un follaje verde luz, por donde asomaba a trechos el cielo, y entonces se lo silbé cien veces para lograr que lo aprendieran. Fué inútil. Nunca volvieron a cantarlo.

Era aquella la parte feliz de mi existencia y cuando los días amanecían con lluvias torrenciales, pasaba la tarde acechando por la ventana el momento en que las nubes se abrieran. Llegaba con frecuencia la noche y seguía pegado a los cristales, entumecido de frío, asustado por la perspectiva de una noche sin sueño.

Al finalizar junio me pagaron los dos meses de clase. Ese día lo esperaba con ansia porque sería la clave de mi salvación. No pudo ser, como si estuviera maldito por alguna culpa que desconocía y de la que se me exigían cuentas en aquella ciudad inhóspita.

El día anterior al de pago —un lunes— me tropecé con don Jacinto, cuando después de comer me encaminaba hacia uno de mis largos paseos. Te dije que era el único que me dirigía la palabra aunque hubiera deseado lo contrario, pues cada vez que se detenía a preguntarme por mi salud y darme consejos paternos, me comunicaba, al pasar, con su tono más indi-

ferente, como si no tuviera importancia, y para él no la tenía, una nueva calamidad. Bastante me costó adivinar su secreta naturaleza de viejo malvado que tras su máscara bondadosa se refecitaba con la tortura de los demás hombres, y que con tal de disfrutar de ella no vacilaba en provocarla, como hacía conmigo.

Buenas tardes, amigo. Qué, ¿de paseo?

Mi, don Jacinto, aprovechando el día.

Na se confíe. Este calorcito augura tormento y no pasarán muchas horas antes de que estalle. ¿Y qué tal? ¿Cuándo se va?

¡Tal que se refería a las vacaciones de julio, que efectivamente pensaba pasar contigo, contando con el dinero que cobraría al día siguiente!

Tarde, porque en la primera semana tengo vacaciones. El siete o el ocho quizá.

¡Ah!, pero entonces, ¿puedo seguir como profesor aquí?

Claro. ¿Por qué?

Bu, me habían informado mal. Que usted, ante la perspectiva del escándalo, había decidido renunciar a sus clases, porque de acuerdo a la nueva reglamentación, que yo sepa, usted no puede pedir traslado. Mejor dicho, usted puede, pero no se lo concederán. O sigue aquí o renuncia. Para mí, mal que les pese a estos señores, pero que hacer es lo peor. Ellos están buscando eso, pero usted debe enfrentarlos y no dejarse plantear. Para usted el escándalo puede ser grave, en fin, grave como pueden ser estas cosas para cualquier ser humano, pero con un poco de habilidad, un poco de resignación y paciencia, lo podrá sobrellevar. De

afuera parece horrible, pero una vez que ocurra se sentirá más tranquilo. Un descanso le vendrá bien.

—¿A cuál de los numerosos escándalos que desde que estoy en esta ciudad he provocado se refiere usted? ¿O las fieras amaestradas de este pueblo preparan otro?

—Me alegro que no lo tome a la tremenda. Temía comunicárselo, porque se hizo tanto ruido en el Club cuando los muchachos, que son buenos, le aseguro, porque los conozco, aunque un poco brutos, — pero usted no pretenderá pedir mucha cultura en un pueblo como este...

—Desde luego —dije escudando mi inquietud en el sarcasmo— para animales los de... X. Lo que ganaría el departamento vendiéndolos en Tablada.

—Pero son buenos y trabajadores.

—Para animales de carga. ¿Y qué nueva ocurrencia se les ha metido entre pecho y espalda a esos niños buenos y trabajadores?

—No entienden las cosas y como están indignados porque usted, dicen ellos, no yo, se pasa insultándolos y ridiculizando a las familias decentes de la ciudad y vengándose de su odio en las pobres criaturas, que van a sus clases, y urdiendo toda clase de intrigas desde el prostíbulo, dedicándose a sucios tejes y manejes por intermedio de su hermana que está en Montevideo y que, según ellos, le repito, dirige una sucursal de la casa de Encarna...

—Bueno, ¿y qué? Acabe de una vez.

—En fin, decidieron, claro que con la oposición de todos nosotros e incluso del Dr. Martí-

nez, que declaró públicamente que se lavaba las manos y que no se solidarizaba con la actitud de ellos, y que hasta los desaprobaba de llegar a esos extremos...

El Dr. Martínez en su papel de Poncio Pilatos me causa la mar de gracia, y de los demás energúmenos colegas míos no esperaba actitud tan valiente.

Como usted quiera. Por lo menos trate de olvidarme.

¿De qué?

De ellos, porque cuando se deciden a dar un sueldo ya lo hicieron en una oportunidad con el pobre Ciriauco— es para pasar un mes en el hospital.

Comencé a contar la historia de ese Ciriauco, un infeliz al que casi mataron por haberlos delatado, y quedé coronado, pero lo interrumpió violentamente.

Muy poco de cama, al menos me evitaría soportar al León, un espectáculo al salomónico Dr. Martínez. Entre paréntesis, comuníqueme que pueda volver a visitar la casa de doña Encarnación. Me acostumbré a enviar anónimos a las señoras. Tardita demandado trabajo en esta ciudad.

Con estas palabras le dejó sin agregar nada. Sin embargo con creces la molestia de haberme, ya que estaba seguro de que iría con confianza a la reunión del Club para comunicar mis puntos y luego se había de oponer con todas sus fuerzas a las medidas extremas que requerían las demás bestias de aquel círculo.

¿De qué pensaba cuando a tranco largo cor-

taba hacia las lomas de la parte norte? No lo sé bien. Ahora sólo recuerdo de aquella tarde una especie de indiferencia general. Me hallaba exhausto, con los nervios impotentes para el esfuerzo de nuevas conmociones. Triste tí, mucho, pero con una tristeza laxa y abandonada. Caminé hasta un cerro chato que nunca había visto y cuando los pies se dieron por cansados me tiré al suelo. Fué durante esa caminata que comenzó a importarme un camino del mundo, al punto que en un instante dudé de mi propia existencia, porque seres así como yo no existen, me dije, y entonces soy apenas un fantasma corporizado, que al menor traspiés puede desvanecerse. Es increíble, pero la sola sospecha de mi inexistencia me llenó de alegría. No me importaba nada de lo que me pudiera pasar. Me habrían de matar y yo vería con una risa regocijada y vengativa cómo se esforzarían por destruirme. ¿Qué podrían hacer contra mí que ya no estuviera hecho? ¿Qué habrían de destruir que ya no fuera una ruina? ¿Y de mí? ¿Es que algo cambiaría en mí? Si soy eterno, intrasmutable, me decía, soy y seguiré siendo siempre igual, y ellos aullarán de desesperación porque cuando terminen de pisotearme me verán nuevamente de pie, y se hartarán de matarme sin poderme quitar la burla y mi maravillosa, irrisoria, monstruosa e inmensamente cómica existencia de fantasma.

La tormenta se formó sobre mí. Cuando vi el cielo amenazante y emprendí el regreso era tarde. Rompió a llover a torrentes. Me puse a correr hacia la ciudad pero recién entonces comprendí la distancia enorme que había recorrido.

Muy pronto mis ropas estuvieron empapadas y el agua chorreaba sobre mi cuerpo como si no existieran. Casi no podía ver, pues el agua me me deslizaba por la cara a pesar de llevarla inclinada para resguardarme, y la lluvia era tan copiosa que ponía una mampara gris a pocos metros de distancia. Me tuve que sacar los lentes y fué como si me saliera del mundo para quedar arrinconado bajo la lluvia.

Mis zapatos, llenos de agua, resbalaban sobre la tierra mojada por donde corrían innumerables riachos improvisados. El suelo que pisaba iba transformándose en una pasta blanda que se adhería a las suelas. Me encontraba hecho un despojo y para serlo aún más, tropecé y rodé por una cuesta hasta caer de bruces en un charco. Seguí adelante, tan cansado que caminaba despacio, aunque sin sospechar todavía que me había perdido. Buscaba un bosquecito al lado del arroyo, donde acostumbraba a pasar la tarde, para lograr algún cobijo, y me explicaba la tardanza en llegar a él, por lo mucho que me había alejado de la ciudad. En verdad avanzaba en dirección contraria.

Hallando de aquella niebla acuosa que me rodeaba, apareció un árbol. Junto a él intenté guarnecerme, pero el cielo, que se desplomaba hecho agua sobre el campo, atravesaba el escaso follaje y caía inagotable sobre sí. Me apoyé en el tronco hundiéndolo diente con diente, pero a través de las ropas empapadas sentía rodar la lluvia sobre la corteza. Allí esperé con la impresión de que mi vida se acababa en mitad de aquel campo sumergido bajo las aguas, como si me hubiera tutelado el fin del mundo, y quedara

sólo yo para contemplar la subversión de los elementos. Estaba solo, perdido, sin posibilidad de encontrar un refugio, lejos de toda ayuda y con un deseo infinito en el alma de que aquella existencia mía se terminara pronto.

Tú no viniste a hacerme compañía. No hubo ningún recuerdo, por duce que fuera, al que la lluvia no le cerrara el paso. ¡Oh Luisa! ¡Qué triste estoy, y cómo me duele esto que voy contándote!; porque me veo de nuevo allá, sobre la lomita, tiritando junto al árbol que no me servía de protección, sin saber qué hacer. No pensé en nada. Me dejé estar y como la lluvia no amainaba emprendí el camino hacia cualquier lado. Fuí despacio, ascendiendo y bajando por las laderas, cuidando donde ponía el pie. Lo terrible es que casi no se sentía ruido: el mundo se anegaba en un agua tranquila pero incansable que no terminaba nunca de caer y caer sobre mí, sobre el campo, sumiéndonos juntos en el desastre. Seguí adelante y de algún modo, sin que en ello interviniera para nada mi voluntad, me orienté hacia las casas. Llegué de noche, atacado de un temblor febril, cubierto de barro, sacando fuerzas de mi propia extenuación pues, no sé por qué, no quería morir tirado boca abajo en el campo, hasta que la lluvia creciera lo suficiente para arrastrarme lejos.

VII

El mes que estuve enfermo sólo pervive en mi memoria por lo que me contaron después, salvo una extraña ilusión. Sé que clamaba por ti, Luisa, para que vinieras a fortalecerme y por momentos, casi desvanecida en la confusión de mis ojos miopes, como conjurada por mi queja, aparecías a mi lado. Siempre entrabas en mi pesadilla trayendo en la mano una tisana humeante que, sentándose en el borde de la cama, me ayudabas a tomar a pequeños sorbos, soplando tú primero en la cuchara. Y cuando tú no estabas pedía que no te dijeran nada para en seguida volver a llamarte.

Vivía envuelto en una niebla, como si el agua que había caído sobre mí, se evaporara y nunca concluyera de formar nubes pegajosas a mi

alrededor. Era un mundo algodonoso en ebullición, del que no me podía desembarazar a pesar de mis esfuerzos. Hubo instantes en que me daba por ahogado irremediablemente y entonces se me acercaba mamá, tan plácida y sonriente como siempre la hemos visto, sin importarle nada del fuego que me cercaba y que parecía no sentir. Nunca me tocó pero se estaba horas enteras mirándome con ternura. La última vez un sueño pesado me apretaba los párpados y luchaba para mantenerlos abiertos; en cuanto pestañaba ella desaparecía sumida en la niebla y era inútil que le gritara. Pero aquella vez el sueño me vencía y me fui cayendo para el lado de las sombras y ella misma me cerró los párpados pasándome la mano sobre la cara pero sin alcanzar a rozarme. No volvió más.

En adelante viví en una tiniebla tranquila. Poco a poco fui saliendo de las sombras para poder reconocer una mañana a la mujer que cuidó de mí. Era Luisa, pero no tú, sino aquella Luisa que tan mordazmente se burlara de mí en los primeros tiempos de mi estada en la casa, quien me dedicó sus días y noches con una solicitud que sólo de ti yo podría esperar. Me dió pena sacarla del engaño pues parecía transformada, dulcificándose al tener alguien que cuidar, alguien que, aunque entre sueños, dependiera y esperara de ella. Pero luego pensé en lo que tú hubieras hecho en esa situación y decidí aclarar la verdad a cualquier precio. Me molestó además que pudiera haberse confundido, porque parecía intentar sustituirte en mi recuerdo. Bajo su mansedumbre descubrí su pro-

pósito de desplazar tu imagen amparándose en la identidad de los nombres. Un mediodía, cuando la ví entrar con la taza de caldo, emperifollada con su vestido rojo fuego que sólo usaba en las grandes ocasiones, y apestando con su perfume barato, decidí aclarar la desgraciada confusión.

—¿Usted sabe? Mi hermana se llama Luisa.

—¿Como yo?

—Sí.

—¿Y qué edad tiene?

Veintitrés años.

Yo también. Somos iguales.

—¡Oh no! Mi hermana es una mujer honrada.

No lo decía por eso.

—Ya lo sé, pero me pareció. ¡Ella es tan distinta! Usted no puede imaginarse qué clase de mujer es mi hermana, qué bondad, qué alegría dulce en la suya.

—¿Cómo es? Cuénteme, —me dijo, y aproveché la ocasión para aconsejarla de modo indirecto, pues pensaba que mediante mis palabras podía transformarse.

Es largo de contar. Ella es más bien seria y de conducta muy severa. No tolera ni un solo detalle y se enoja hasta ponerse furiosa cuando ve a los demás que se dejan arrastrar al pecado. Pero no crea que es demasiado adusta. Al contrario, risa mucho y gusta jugar. Conmigo pasaba días enteros bromeando; iban y venían frases muy burlonas, tanto que llegaba a sentirme herido. Pero bastaba verme enojado de veras para hacerme mimos y caricias que no podía resistir sin reírme. Porque ella es muy religiosa.

—Yo también.

—Y devota de la Virgen.

—Yo también. Aquí llevo el escapulario, —y metiéndose una mano en el seno me enseñaba un recorte de tela resobada.

—Sí, pero ella va a la iglesia.

—Yo...

Observándola de hito en hito, agregué: "Viste con suma modestia. Emplea para sus vestidos colores sobrios, marrones o grises, a veces algún celeste, y nada más. Jamás usó un escote escandaloso ni polieras demasiado cortas. Se perfuma moderadamente eligiendo con tacto sus perfumes. En general prefiere no usarlos porque dice, con razón, que son tentaciones de mujer fácil. El cuerpo limpio y la ropa limpia son el mejor aroma del alma, le he oído decir con frecuencia.

Mis palabras lograban el efecto deseado. La ví cubrirse el pecho con una mano, acalorarse al mirar su vestido, apartarse un poco de mi lado para disimular la dosis excesiva de agua colonia que se había echado.

Continué impertérrito mi obra de adoctrinamiento y pude comprobar que me hacía caso y adoptaba nuevas costumbres, pero tropezaba con dificultades y poco a poco ví cómo se alejaba, iba poniéndose hosca, espació sus visitas a mi altillo siendo reemplazada a veces por doña Encarnación, hasta desaparecer por completo.

Para ese entonces te tenía a tí a través de un paquete de cartas inquietas y recién entonces comprendí con angustia la situación difícil en que te hallabas. Hacía tres meses que fal-

taba de tu lado y no te había enviado el dinero prometido que con mucha vergüenza me reclamabas. Una tarjeta de Jorge, que recibí al mismo tiempo, se interesaba por mi salud e inquirir las causas de mi silencio.

Doña Encarnación se encargó de las gestiones para el cobro de mis sueldos, y una vez que pagué mis deudas, acrecentadas por los gastos de la enfermedad, te envié el escaso dinero restante con una carta explicándote lo ocurrido.

Volví a estar como antes, pero para esa fecha habían dejado de importarme mis propias dificultades. Mi propósito de trasladarme a una pensión, de reiniciar mi vida, quedó archivado sin que este fracaso me afectara. Quizás fuera efecto de mi debilidad, pero los días posteriores no hicieron más que confirmar esta misma indiferencia para con mi vida accidental, que nadaba en mí bajo la tormenta.

Cada vez se me tornaba más difícil salir de mi casucha para hacer frente al acacer cotidiano. Después de comer me sentaba bien arropado frente a la ventana abierta. Allí permanecía lo que duraba la rotación del sol dentro de la plaza, sumido en un estado de semiinconsciencia, actuado por un mundo de ensueños del pasado por los que transaba con el mismo título sobre que el sol ponía en mis manos cruzadas sobre el libro que no tenía fuerzas para leer. Pausadamente me arranqué de esos días somnolientos para reanudar mis clases, a mediados de agosto.

Las encontré en pleno desbarajuste a causa de la minuciosa labor de destrucción realizada

en la quincena de interinato por el futuro yerno del director, pero eso no me preocupó. Volví a estar como antes, más endurecido si cabe, porque los desplantes y ataques de los demás ya no me dolían. Me hostigaban sin llegar a cansarse nunca, sorprendiéndome más que sus bromas malévolas ese empecinamiento por herirme. Soportaba las más de ellas con una mueca melancólica, conteniendo mi rebeldía. Los baldes de agua sucia arrojados bruscamente sobre las aceras cuando pasaba, los puchos encendidos que rozaban mi nariz, las observaciones jocosas que aparentemente nada tenían que ver conmigo, los desplantes, las provocaciones, habían llegado a integrar mi mundo cotidiano, aceptándolos como sus ingredientes normales. No me extrañaban. Por el contrario me hubiera sorprendido e incluso asustado si hubieran desaparecido. ¡Hasta tal grado de acostumbramiento llega el hombre!

A veces, con todo, conseguían sacarme de quicio. Iba a cruzar la calle rumbo al Liceo cuando un auto pasó a mi lado levantando una ola de agua sucia y barro que me cubrió de pies a cabeza. Clamé enfurecido y como el profeta bíblico impetré la ayuda de Dios para que extinguiera por el fuego y la sal aquella ciudad maldita. Pero tuve que aprender a contenerme pues mientras reclamaba con patetismo el fuego abrasador de la divinidad y con un gesto de exterminio anunciaba el apocalipsis vengador que habría de caer sobre la ciudad, mi figura embarrada y gesticulante excitaba la hilaridad de los que me rodeaban cuyo número aumentaba por segundos. Así querían verme,

porque si no, el ejercicio del mal no los satisficía.

Pero era en los pequeños ultrajes donde lograban sus propósitos. Un día mis lentes aparecieron en añicos sobre el escritorio. Quizás no lo supieron pero aquello fué arrancarme los ojos.

Ignoraba la receta de mis cristales y fui a un oculista. No sé si por culpa suya o del dueño de la óptica que me los preparó, los lentes que me entregaron me provocaban a las pocas horas de estar leyendo unos atroces dolores de cabeza. Mis quejas fueron recibidas con impertinencia y nada conseguí. Opté por usarlos sólo para leer. Por primera vez salí a la calle sin ellos. En verdad, no los necesitaba: no tenía a nadie a quien reconocer y saludar, ni procuraba evitar los obstáculos que con fatalismo sabía que se pondrían frente a mí, movidos por manos ajenas.

Aun embargo no podía menos de desesperarme al ver borrosamente, esforzándome. Te lo imaginarás fácilmente si recuerdas aquellos tres días en que carecí de mis lentes porque tu me los habías ocultado para castigar una de mis travesuras de niño.

¡Estaba tan cansado! Con un deseo tan hondo de no luchar más. Que me dejaran en paz, abandonado y tranquilo. Hubiera querido ser como uno de los álamos del camino, que ni proyectan sombra pero que viven acunados en el susurro del viento. "Dichoso el árbol" me decía y los miraba y remiraba con envidia, o apoyaba las manos sobre su tronco para sentirlos vivir tan suave, tan secretamente. Cuando acercaba

mis labios a su corteza, agitaban el follaje agradeciendo mi cariño. Quería ser uno más entre ellos para vivir en esa dulce hermandad que nada pregunta, que todo oye, que cerca y lejos al mismo tiempo ayuda, que es feliz y serena, que tiene el cielo entero por cobijo y mira pasar los hombres como muñequitos mecánicos agitados, a los que muy pronto se les acaba la cuerda.

Las gentes de la ciudad debieron comprender mi actitud o acaso se sintieron compadecidos por la ruina física en que me había convertido, pues me demostraron su intención de echar tierra sobre lo pasado y permitirme el ingreso a la comunidad, a cambio de un mínimo trabajo de mi parte.

Fué el sempiterno don Jacinto el comisionado para ofrecerme la paz, quien me interpeló con su habitual desvelo por mi salud.

—Pero muchacho, usted no está bien. Debe cuidarse, reponerse.

—No puedo y usted lo sabe —contesté—. Si vuelvo a faltar, Martínez encontrará el modo de despojarme de las clases.

—No diga eso, si Martínez está muy bien intencionado hacia usted. El otro día se lo oí decir en el Club y a los profesores también. Con decirle que ha detenido el expediente... La verdad es que usted no hace nada para promover un arreglo amistoso.

—Ellos iniciaron la guerra, no yo.

—Bueno, no discutamos sobre eso; pero usted sigue viviendo en casa de Encarna. Mire, se lo voy a decir en absoluta confianza. Si usted se traslada a un hotel se arreglará todo.

Ese era el rescate que debía pagar y lo hubiera hecho de buen grado, no por ellos, sino por mí mismo, para no prolongar la tensión constante en que vivía, si esa misma tarde un incidente del que ya tenía noticias por las veladas palabras de don Jacinto no hubiera imposibilitado toda reconciliación.

Cuando llegué al prostíbulo encontré a las gentes agitadas, discutiendo con dos individuos que resultaron ser el comisario y actuario. En la puerta había tropezado con un policía uniformado.

Aquí está el profesor —suspiré con alivio la patrona—. El podrá decir si esta casa es decente o no. El, que no es de aquí, que viene de Montevideo, ha preferido vivir en mi casa, ¿no es así señor profesor?, y él podrá decir cómo lo tratamos, si aquí hay limpieza o no. Lo que pasa es que me odian don Emilio —dijo dirigiéndose al comisario— y hasta de usted hablaban mal por haberme visitado, como si ahora no pudiera recibir a mis amigos.

Esa recueta importunó al comisario que, apartándola, se encará conmigo:

—¿Usted vive aquí?

—Así es, desde hace más de tres meses.

—¿Qué dice?

—¿De qué?

—¿Cómo de qué?

Antes de entrar. No sé de qué se trata.

En pocas palabras que rebuscó en su minúscula magia para que fueran las más eufemísticas me informó de la denuncia sobre existencia de un prostíbulo en casa de Encarna, como también él la llamaba, y que le habían

comisionado investigara con autoridad para proceder a su clausura de ser cierta la denuncia. Aquel pobre hombre que como buen cliente del prostíbulo estaba informado requetebién de la verdad de las cosas, esperaba de mí un desmentido formal que le permitiera irse con la conciencia a salvo ante sus superiores y quedar en buenas relaciones con las muchachas.

Pasé largo rato sin contestar. Doña Encarnación me miraba fijo, las manos cruzadas sobre el vientre, levantándose el cuerpo con un gesto de extrema nerviosidad. La boca de labios gordezuelos se le movía sola como diciéndome en lenguaje mudo que no olvidara lo que había hecho por mí. En ese momento recordé cuánto me había repetido aquello de que debíamos ayudarnos los unos a los otros y hoy por mí mañana por tí como dice el refrán y entendí por fin qué buscaba con mi permanencia en su casa.

Las muchachas y las gatas, puestas en fila, me miraban, y lo mismo los policías. Dependían de mi respuesta. Doña Encarnación, como si los aguardara, se había emperifollado de una manera inusitada, el pelo rubio rabioso levantado, la cara transformada en una máscara a fuerza de pinturas y hasta la nariz coloreada para disimular su grosor. Vestía traje largo con un escote cuadrado muy abierto por donde parecía se le iban a escapar los senos que subían y bajaban a impulsos de una respiración agitada. La contemplé divirtiéndome para mis adentros, pero mi mutismo era aceite hirviendo sobre la pobre mujeer que, sin poder contenerse, me gritó: "Acordate de lo que he-

mos hecho por vos, que te mantuve como a un hijo durante meses y hasta dinero de mi bolsillo te dí. No podrás negarlo”.

—Eso no tiene nada que ver— dijo don Emilio a quien molestaban las imprudencias de la patrona.

—¡Ah no! pero ahora que estoy vieja y sola me quieren echar a la calle, a mí y a estas pobres hijas mías y también al señor profesor —dijo engolando la voz— y eso sí que no puedo permitirlo. Que se insulte de esa manera a un profesor que manda el gobierno desde Montevideo.

Eso no me importa, pues un día u otro me iré...

—Todos son a tirarme piedras— clamó la vieja.

... pero de ningún modo —agregué sin contestarlo— permitiré que por mi culpa se eche a la calle a estas señoras. Mientras viví aquí se me trató con entera corrección y no tengo ninguna queja contra la decencia de esta casa. Casi nunca estoy en ella —agregué porque en la conciencia me escocía tamaña mentira — pero en las horas que paso aquí el comportamiento de las demás... pensionistas, es correcto, y también el de la señora Encarnación, a quien debo numerosos favores como usted acaba de oír.

En decir que entonces no hay... no viven de...

Lo reitero a usted lo que le dije. No he tenido oportunidad de enterarme de nada de lo que usted pregunta.

Entonces puedo decir que usted niega que

Encarna y las muchachas se dediquen... en fin, tengan una pensión que no es decente.

—Todo lo que usted quiera.

—Bueno, si es así... —expresó con alivio el comisario— no hay nada que decir. Sin saludar me precipité a mi altillo y al subir la escalera todavía los oí hablar.

—Hasta pronto, Encarna.

—Véngase por aquí más a menudo don Emilio, las muchachas lo extrañan. Usted sabe que siempre es bien recibido. Y también pude oír a Coquita diciendo:

“Pase usted señora”. “De ninguna manera señora; usted primero señora”, contestaba Amalia.

¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!, me decía dando vueltas por mi pequeño cuarto cuando golpearon pocos minutos después a la puerta y de acuerdo a su costumbre doña Encarnación entró sin pedir permiso. Venía radiante a agradecerme.

—Muchas gracias, José Luis, no sé qué hubiera sido de nosotras sin tu ayuda. Yo sabía que podía confiar en vos. Las muchachas decían que no, que nos iba a ir peor, pero yo aguanté, segura de que nos harías salir del atolladero. Es como yo decía, un hijo, el hijo que no pude tener nunca y que siempre deseé acunar en mis brazos. Pero esto no va a quedar así, José Luis, porque si bien no perdono ofensas tampoco me olvido de los favores. Verás como triunfamos, como conseguimos lo que queremos. Yo les haré bajar el cogote a todos estos, vendrán a mi casa, ellos con sus mujeres, me tratarán como a una señora, me obede-

cerán en todo lo que yo mande. Ah, si tú me ayudas, nos apoderaremos de la ciudad y nos vengaremos, sí, nos vengaremos, y ninguno se atreverá a insultarnos. No hablarán más de mí como ahora lo hacen, ni insultarán a mi pobre madre que no tuvo valor para hacerles frente porque era una infeliz y se dejó cascotear. ¡A mí con esas! Tú deja que yo te dirija. Te casarás con la mujer más rica del departamento porque así deberán obedecerte. Tú no te imaginas el poder que tiene el dinero. Con eso se hace todo, y con las muchachas. Nadie resiste a la plata y a las mujeres, te lo digo yo que hace años que lo se y que me vengo preparando para la revancha.

Corté por lo sano aquel torrente de jactancia pidiéndole que no me molestara pues debía trabajar.

—¡Ah! entonces te dejo, m'hijo y si necesitas algo contá con la vieja Encarna y hazme caso. No estudies, eso no rinde, con eso no se consigue nada en este mundo. Ni te quedes encerrado en el cuarto pegado a la ventana mirando como llueve. Tienes que salir, hacerles frente, burlarte de ellos, pero ir asegurándote el dinero. Mujeres hay de sobra, y yo te puedo conseguir las mejores. Déjame a mí. Antes que me olvide: tomá, hace días que estoy por dárteles y siempre se me pasa. El día que viniste te guardé el dinero para que no lo perdieras o no te... —¿sabés? yo conozco a la gente de por acá— y nunca me acordaba de dártele. Aquí está. Eran veinte pesos, ¿no es así? No me lo agradezcas, yo se lo que son estas cosas. Hasta luego. Llamame si me preci-

sás, o a cualquiera de las muchachas. Suzy me dijo que le caés simpático. ¿Qué esperás? Ellas están para servirte. Acabo de darles orden de que te traten como a mi hijo. Hasta luego, José Luis.

Sobre la mesa dejó los veinte pesos que me había robado el día de mi llegada.

VIII

El incidente, así como las declaraciones al comisario, se extendieron de inmediato por la ciudad y la animosidad contra mí se hizo patente, aunque para esa fecha los mismos que antes visitaban con frecuencia la casa se enfurecieron contra la patrona y espaciaban sus visitas. A pesar de su sabiduría diabólica, había cosas que doña Encarnación no sabía prever.

En el Liceo y en la calle la tirantez se hizo mayor. Grupos de niños de escasa edad, alocados por los muchachones, me seguían desde la casa al Liceo y viceversa, cubriéndome de las peores injurias, que repetían como papagayos. Era inútil que intentara atemorizarlos porque entonces arremolinaban en sus bur-

las, tomándole gusto al juego. En mis clases los deficientes no lograban acallar los rumores cada vez más frecuentes. Nadie, absolutamente nadie me saludaba, ni siquiera don Jacinto a quien mi salud tenía ya sin cuidado. Los periódicos del departamento, siempre en pugna por intereses políticos, se ponían de acuerdo para reclamar una investigación sobre las actividades de cierto profesor —nunca me nombraban— cuya vida era un escándalo, un atentado a la moral, y varias otras frases clichés. En tanto el célebre expediente forjado por Martínez seguía engrosando.

El invierno con sus lluvias violentas acortaba mis pocos esparcimientos: los paseos por el campo, y me obligaba a convivir en silencio conmigo mismo, durante días enteros. Pero yo necesitaba salirme de ese cuarto cargado de malos pensamientos para así olvidarme un poco de mi propia existencia, y no hallaba el medio de hacerlo.

Después de un día de encierro, al llegar la noche, no podía resistir una curiosidad casi morbosa que se iba formando en las horas vacías en que los libros se me cerraban solos. Me asomaba al descansillo de la escalera y oía entre el silencio los rumores que delataban la presencia de las mujeres: una risa o un grito, el crujir de una cama que se confundía a veces con el repiquetear de la lluvia en los charcos, la voz acatarrada de Encarna que incitaba a la diversión a los visitantes. Todo galopar de caballos que se acercaba me ponía en tensión y corría a mi observatorio que resguardaba una tupida enredadera. Cuando el agua arreciaba

me atrevía a bajar y pasear en puntillas por el corredor y el patio, deteniéndome a escuchar tras las puertas cerradas. Mi imaginación suplía los silencios e interpretaba a su manera los mínimos ruidos, de tal modo que siempre creía estar presenciando un panorama de lujuria desenfrenada que regía con mano diestra el demonio. Sentía arder aquella casa, la veía recalentar el aire, evaporar la lluvia que la cubría de manchas de humedad y goteras, y en una metáfora bíblica la comparaba a una gran manzana corrompida que latía con ruidosos sistole y diástole.

Una vez me sorprendieron y tuve que inventar apresuradamente un dolor de cabeza muy fuerte que me obligaba a pedir un calmante.

Probé a alejarme de la casa concurriendo al cine y en los primeros días experimenté un descanso evidente. Pero mis alumnos también iban por las noches y en cuanto me descubrieron aprovecharon la impunidad de la sala a oscuras para gritar nuevas injurias hasta conseguir ahuyentarme.

Pero una noche... Tu me aborrecerás, lo tomo, pero al precio del engaño hasta tu mismo cariño me es odioso. Cuando niños, recuérdalo como yo ahora, al enterarte de alguna de mis diabluras me perseguías por el jardín hasta alcanzarme, generalmente en el laberinto que formaban los árboles retorcidos del fondo donde gustaba enconderme y después de zamarrear me preguntabas mirándome fijo a los ojos: "¿Mereces que todavía te quiera?". Nunca pude mentirte aunque muchas veces lo intenté. Guardaba silencio suspendido del destee-

llo terrible de tus ojos enojados para por fin bajar los míos y confesar: "No, no lo merezco".

Aunque lejana, siendo tu mirada escudriñadora posada sobre mí, me estremezco nuevamente y debo confesarte: "No, jamás podré merecerlo" y sin embargo, mira que malo soy, ahora que te escribo me viene como un desdén incluso hacia tí y me digo: ¿Y por qué no? ¿Por qué ser siempre así, humilde y resignado? ¿Por qué no hacer mal y reirme de todos y gozar y hacer sufrir en la vida, como a mi lado hacen los otros sin experimentar nunca remordimiento? ¿Por qué ceñirme a tantas leyes cuando se es el único que cree en ellas y las cumple, mientras los otros se ejercitan en el mal y no obstante son felices?

Una noche. Había llovido mucho. Pasé la tarde estudiando en la biblioteca del Liceo pues carecía de los libros indispensables para los cursos. Cuando salí era noche. Corrí hacia casa resguardándome junto a las paredes, y saltando de piedra en piedra para no hundirme en el barro. Llegué jadeante, ya pasadas las diez. La noche de perros había ahuyentado a los clientes, de modo que atravesé el primer patio, que está cubierto con una gran clara-boya, sin encontrarlos. En una pieza iluminada conversaban dos de las mujeres, no se cuáles, creo que Marta y Coquito.

El segundo patio que es descubierta y al fondo del cual se halla la escalera de mi altillo, estaba sumido en una total oscuridad. Cuando recorría la galería techada que lo bordea me tropecé con alguien a quien sostuve para que no cayera conmigo en el charco formado en

mitad del patio por la lluvia. Era Suzy que estaba allí, temblando de frío, esperándome.

Debía ocurrir así, Luisa, porque si ella no me hubiera esperado yo la hallaría, a ella o a otra. Entiéndeme, no fué amor, sino un deseo casi animal tanto en mí como en esa pobre criatura. A la madrugada, cuando desperté, y oí en el silencio de la pieza a oscuras su respiración rítmica y recordé algunas de sus palabras, experimenté horror y sin hacer ruido me alejé de su lado. Solo en mi altillo su presencia me perseguía y no la podía arrancar de mis carnes. Un olor penetrante a perfume barato, el que ella usaba, se me había adherido al cuerpo. Era respirarlo y sentirla de nuevo a mi lado. Experimenté asco por mi flaqueza que me llevaba a aceptar la vida de esos seres con toda su miseria y por lo tanto me hacía responsable como ellos. Me vestí y salí a la calle donde un resplandor gris anunciaba el amanecer. Ya no llovía. Di vueltas y salí a la calle sin poder apartar de mi conciencia la advertencia que contra mí se revolvía, con un oculto temor para los días venideros, porque en medio de mi arrepentimiento se introducía de pronto un recuerdo que era dulce a pesar mío. Llegué a alucinarme. En un momento me pareció ver que el barro tomaba formas animales, lagartos, pulpos, monstruosos reptiles que se me subían a los zapatos y ascendían lentamente tironeando de mis ropas. Cubierto de barro, cansado, ojeroso, golpeándome con las mal aseguradas lozas de las aceras, deambulé por el pueblo hasta que las miradas sorprendidas con que me seguían las primeras gentes con

que me crucé y el espejo colgado frente a la botica me revelaron mi estado ruinoso. Me encaminé a casa, a su casa, la de ellas, que me tragaba, moliéndome, día a día, pero con el propósito formado de no ceder a la debilidad de mi carne. Me propuse aquella madrugada, tenlo por cierto, hacerme duro contra estas otras tentaciones que me asaltaban de pronto, cuando sólo pensaba en defenderme del odio, y que me vencían irremediabilmente. Pero mi hosquedad y el retraimiento de mis miradas, me decían ya que el enemigo estaba dentro de mí, desde donde era más fácil carcomerme.

Tres noches más tarde, cuando me agitaba en mi cama poseído de una pesadilla en que se retorcían y luchaban mis deseos, la ví bajar desde mi propio sueño, casi desnuda, y levantar las ropas para apretujarse contra mi cuerpo. Comprendí que estaba allí de veras cuando mis labios sintieron el contacto de los suyos, pero toda aquella noche, como otras muchas después, pasó como en un sueño febril en el que yo me perdía y reencontraba junto al cuerpecito de Suzy.

Es preciso que tú lo sepas y me conozcas por dentro, como yo ahora que estoy haciendo mi propia vivisección. Porque hubo más. No fueron necesarios los encuentros fortuitos ni que ella subiera de noche la escalera de mi altillo para introducirse silenciosamente en mi lecho. La busqué, fui tras ella, me desvelé por una migaja de placer que proyectaba una sombra sobre todos los monstruos que me acechaban, aunque luego, bien lo presentía, crecían más terribles que nunca. Me preguntarás en-

tonces por qué y no podré contestarte. Ni yo mismo lo sé pero te aseguro que luchaba contra aquella locura de los deseos y trataba de dominar o destruir mi carne enfurecida.

Ya entonces había llegado a comprender que quien así me arrastraba hasta perdeme no era yo, sino otro vendido a mis enemigos del que no me podía desprender. No era mi culpa. Por el contrario me sentía víctima de un despiadado enemigo más fuerte que yo, que agazapado bajo mi piel aguardaba mis distracciones para hacer de mí lo que quería. Era todo mi cuerpo el que se revelaba en contra de mí.

La lucha fué cruel, créeme, porque me propuse empecinadamente dominarlo, vencer sus deseos miserables y para reprimirlo con la dureza de que me sentía capaz, lo observaba hora tras hora, vigilando sus esfuerzos. Así pasábamos los días, ambos en acecho como dos fieras. Veía como se despertaban en él los sueños lujuriosos y lo seguía cautamente para conocerlo, me decía, pero ya semi-vencido, porque al analizar sus pensamientos y recuerdos, una ola de goce se desplomaba sobre mí y me llevaba revuelto y cuando hacía pie por fin ya era tarde y me quedaba a solas con mi angustia y mi rabia en tanto él descansaba ahito.

Tirado en la cama imitaba el descanso cuando oía desde abajo la voz de S. El entraba bruscamente en tensión y se empinaba tras los oídos para acercarla mejor. Yo tomaba un libro y me ponía a leer. El se revolvía contra mí, se molestaba por mi premeditado olvido, agudizaba sus sentidos para recibir alguna otra noticia de ella, y yo, por vigilarlo, por seguir y

vivir sus menores sensaciones, reparaba de pronto en que había pasado cuatro páginas sin comprender una línea. Se miraba en el espejo, los ojos brillantes, la piel tan acartonada que no le permitía sonreír —apenas le salía una mueca. Caminaba por la pieza, se aproximaba a la puerta, quería bajar y yo entonces, para hacerlo sufrir lo autorizaba a salir al descansillo con el propósito vengativo de que la pudiera ver, la deseara, y luego obligarlo a encerrarse y seguirme en mi desdicha. Disfrutaba con mi próxima venganza concediéndole nuevas alegrías porque cuanta más seguridad en sus fuerzas tuviera, más habría de dolerle el fracaso. Podía descender un peldaño, otro más y aún otro, recordarla, gozar por adelantado su frescura. Estaba tan seguro de mi triunfo que le permitía llamarla, más fuerte, más y me proponía que no la viera. Pero a último momento se lo permitía y aun crecerse en la confianza de su próximo placer. ¡Ah miserable, cuánto te haré sufrir! Síguela, sonríele si un deseo tan brutal te lo permite, tócala, qué hermoso acariciarla, qué descanso, esa carne tibia, ese dulce entregarse en que el corazón reposa, y este olvido del mundo.

Por ese entonces me comunicaste las grandes novedades: el empleo que se le ofrecía a Jorge en Chile y el adelanto de la boda a que obligaba la premura del viaje. Me pedías ingenuamente que consintiera el matrimonio como si no supieras de mi adquiescencia y que desde el fondo del alma agradecía al cielo que te había deparado un hombre que sabría hacerte feliz, salvándote de mí. Porque para esa fecha

vivía en un constante horror de mí mismo, como si los demás me hubieran contagiado su odio, y evitaba mirarme en los espejos donde un rostro extraño me hacía muecas grotescas o me miraba con una repugnancia invencible.

Pero también me pedías, y ahí lo triste, que me trasladara a Montevideo para ser testigo de la boda y pasar contigo esos últimos días. Mis disculpas, basadas en que el director no me concedía un solo día libre eran ciertas, aunque no las verdaderas. Cuando tú dispusiste el día de casamiento de modo que pudiera trasladarme por veinticuatro horas a Montevideo sin faltar por ello a mis clases, te contesté afirmativamente aunque sabiendo que no cumpliría mi promesa. Tenía terror a Montevideo, al renacer de mi antigua vida cuando te viera, a que hubieras cambiado tanto que la imagen que conservaba de tí se destruyera al contacto de la realidad o a que tú ya no me reconocieras, porque sentía que era una especie de animal monstruoso el que iba tomando posesión de mí ser sin que pudiera evitarlo.

Fué por mi sueño que tuve miedo, por la poca vida ilusoria que me quedaba, pues sin ella ¿qué iba a hacer? Luché entre el deseo de despedirte pues ya presentía entonces que tu partida era definitiva o de conservar la imagen luminosa de nuestra antigua vida en común y ganó ésta. El jueves fijado te puse el telegrama aduciendo una indisposición.

IX

Y desde ese día empecé a morirme, lenta, muy lentamente, pero de modo irremediable. Eran los primeros días de setiembre. El nueve se cumplían tres años de la muerte de mamá. Ese día lo dediqué a recordar, pero antes, para que él no pudiera evitármelo, lo dejé satisfacerse hasta el hartazgo. Desde la mañana estuve encerrado en mi altillo, por un destemplado día de frío cortante, alejado de mis clases, leyendo viejos papeles y libros que de un modo u otro estaban ligados a su memoria. La palabra severidad me descubrió recuerdos que tenía perdidos. Pude evocar la dura fe religiosa de mamá, aquel modo seco y firme que tanto le costaba asumir, estoy seguro, pero que adoptaba siempre para reprimir mis deslices de

niño. ¡Cuán necesaria me era ahora esa fuerza inflexible! Y recordé nítidamente una escena que voluntariamente había hundido en el olvido porque no pudiendo comprender la actitud de mamá había pensado mal de ella. Tenía quince años y Maruja, la hija de la limpiadora, dos menos. Vivía dominado por esa criatura tan dulce cuya maldad y cuyos vicios tú fuiste la única en adivinar. Jugábamos en el fondo de casa, y para agradecerle la hebilla que me trajera de regalo robé de la cocina un pote de mermelada que comimos entre risas, escondidos en la glorieta. Tú nos descubriste y mamá lo supo. Esa noche me echó en cara mi pecado y durante dos horas que a mí me parecieron dos siglos de terror, me estuvo hablando del infierno y del castigo que me aguardaba. La limpiadora nunca más trajo a su hija ni me atreví a preguntar por ella.

Después de pasados tantos años he podido, por fin, comprender lo que debió sufrir mamá ese día y los restantes, pues durante meses me perseguía noche a noche una atroz pesadilla en que me veía quemado y despedazado en el infierno y despertaba a los gritos. Ella no se volvió atrás en sus palabras y cuando le pedía perdón me recordaba mi crimen. ¡Pobre mamá! Debía educarnos, y temía con espanto que yo pudiera salir como Luis, que la abandonó pocos años después de mi nacimiento. Y comprendo, porque ahora lo he experimentado, su repugnancia hacia ese modo de cumplir con las formas que tuvo papá, aunque no conservara sentimiento ninguno por nosotros. Y si bien aceptaba el dinero que hasta

su muerte papá le envió regularmente todos los meses, nunca le permitió hablarnos por temor al contagio. “Antes prefiero verte muerto” me dijo un día con voz amenazante. Tan seguro me hallaba de su decisión que nunca me atreví a acercarme a aquel desconocido de ojos torvos que en ocasiones rondaba por nuestra calle de plátanos apacibles, y que metiendo la cara por entre los barrotes de la reja que custodiaba el jardín me llamaba en voz baja.

Ella fué mi baluarte hasta en los últimos minutos de su vida, cuando te entregó a ti la pesada tarea de cuidar del muchacho esmirriado de dieciocho años que yo era: “Cuídalo, vigílalo siempre —te dijo, ¿recuerdas?— que él es muy débil y cualquiera lo arrastra al mal”. ¿Por qué me dejaste solo?, pregunto a tu retrato, y tus labios firmemente plegados vuelven a censurarme con acritud. ¿Por qué me abandonaste si sabías que era débil y podía caer? Sé que no es tuya la culpa, pero ya no sé a quién atribuirle este cúmulo de desgracias, porque no puedo creer en la simple maldad de los hombres. No me he acostumbrado a ese pensamiento y al fin sólo en mí mismo puedo hallar las raíces de este árbol seco y malvado que soy. Pero eso no es cierto.

En ese día nueve, cuando cayó la noche me puse a llorar, porque mi corazón se había cansado con los recuerdos y no resistió a la tristeza. Con la frente apoyada sobre el vidrio de la ventana, esforzaba los ojos para distinguir el paisaje que se cubría de sombras. Desde el crepúsculo una llovizna caía sobre el campo. El mundo se alejaba hasta perderse en la noche,

en la lluvia, y me quedé volteado por una angustia de la que me duele hasta hablarte.

A fin de mes, cuando me entregaron el sueldo, me apresuré a separar ochenta pesos que, automáticamente, coloqué en un sobre que te estaba destinado. Una vez que lo hube hecho recordé que no era necesario, que aquel viejo proyecto que nos llenaba el alma de entusiasmo en los días anteriores a mi partida, no tenía razón de ser. Tiré el dinero sobre la mesa y me lo quedé contemplando largo rato, no sé si con sorpresa o pánico, pero sentí repugnancia ante esa cantidad de billetes que mes tras mes habrían de acumularse sin que supiera qué hacer con ellos. ¿Para qué los quería? Ahora que tú no los necesitabas, ¿por qué luchar para conseguirlos? Cada uno representaba una desgracia, un sufrimiento agregado a aquellos innumerables que habían venido corroyéndome la vida.

Era tu dicha lo único que me alentaba. Estaba lograda aunque para mi mayor pesar, no por obra mía. Comprendí que eso era natural, debía ocurrir así. Pero, feliz tú, ¿qué sentido podía tener esta vida tan difícil y tan amarga a la que ponía el hombro tratando de no discernir demasiado en el futuro, con la única preocupación de resolver las miserias que me ahogaban?

Aquel día, luego que de un manotazo hube arrojado al suelo los billetes, entró S., muy sonriente, con un vestido vaporoso, celeste a lunares blancos, que decía ponerse para mí: "A ver si te alegras", era su frase.

—¿Qué has hecho? ¿Se te ha volado el dinero? —exclamó inclinándose a recogerlo— o a lo

mejor, sí, me parece que lo tiraste—. Levantó su cara redonda que enmarcaba un pelo crespo teñido de un rubio rojizo, y me contempló de hito en hito con sus grandes ojos negros: “Hoy también estás mal. Dios mío!, ¿pero por qué? ¿Qué te pasa? Nunca hablás, pero a veces, de noche, bien que te oigo quejarte. Pepe, —dijo, y se aproximó apretando en sus manos el dinero recogido— ¿qué te ocurre? Ya, ya. No querés hablar, como siempre. ¿Y crees que no se por qué? Si lo sabré —e iba planchando y ordenando los billetes con sus manos pequeñas, para dejarlos luego encima de la mesa—. Cartas a Montevideo sí que escribís, y cuando estás solo, te he oído, no vas a negarlo, decís cosas horribles, y das vueltas y más vueltas por el cuarto. Cuántas veces pasé horas ahí detrás de la puerta sin atreverme a entrar por miedo. Es a mí a la que no querés decir nada, porque yo soy muy poca cosa. No lo niegues. A mí me buscás algunas noches, pero enseguida te vas como si yo te diera... no sé... ¿Pero por qué? ¿Por qué sos así conmigo?

La fiera estaba vencida ese día y podía contemplar fríamente a esta criatura desgraciada que se aproximaba muy despacio. Recordé a Maruja porque eran iguales, parecían buenas y dulces pero yo sabía cuánta miseria tenían dentro y cómo disimulaban su podredumbre.

La veía acercarse, sin inquietarme, y a su sonrisa cariñosa le respondía otra mía que no llegaba a mis labios para doblarlos en un gesto de desprecio. Infeliz, pensaba, ¡qué pobre miseria eres y cómo se ve tu juego ingenuo que ni siquiera comprendes! Tú también desempeñas

un papel, el de víctima, sirvienta de toda podredumbre —me nacía una risa triunfal—, y te han encomendado, en este gran reparto del mundo, el cometido de tentarme. Pues bien, hazlo, y a conciencia. Tienta, vence este cuerpo podrido que poco trabajo te costará, pues está dispuesto a ser engañado. Está decidido, te lo entrego, haz con él lo que quieras. He resuelto no luchar más para reconquistarlo puesto que no lo merece. Es tuyo. El te dirá por mi boca palabras de cariño, de agradecimiento.

Y efectivamente, las decía en tanto los contemplaba a los dos, arrellenado en la cómoda butaca de un teatro imaginario. Tramaban la comedia, ambos mentían, en ocasiones con mucho ingenio, imitaban los gestos del amor, jugueteaban y perfeccionaban con inventos propios las viejas costumbres. Mi intervención era mínima, pero valiosa. Fuí yo quien sugirió regalarle a S. el dinero y lo hice interesado en observar sus reacciones. Saltaba de contento, lo abrazaba, le contaba en qué lo invertiría: “Un corte de género amarillo limón y cartera y guantes y además unos zapatos chatos para acompañarte a pasear e irnos lejos los dos juntos”. Creía haber triunfado y eso la enternecía hasta percibir que algo estaba mal en ello. Para agradecerse los se insinuó en el lecho, pero entonces dejaba de verlos. Rato más tarde pude llegar a contemplarlos desde mi sillón; mimaban el juego del amor con tal detalle que parecía verdad aunque yo, desde mi sitio, era el único en saber que representaban una farsa de teatro.

X

Corrieron los días de setiembre en que la primavera, apresurada, ponía nuevas y crecientes notas de alegría, pero mi pobre corazón no respondía a su llamado. Al contrario, se hundía cada vez más en la melancolía. Mi proyecto, el nuevo proyecto nacido en esta tierra hostil, fué madurando al mismo tiempo que los árboles. El día oficial de entrada de la primavera comencé a escribirte la verdad de estos meses en ...X y al mismo tiempo comencé a procurarme las pastillas, de a pocas, para no despertar las sospechas.

Pero entonces se produjo el milagro que, no me hubiera atrevido a decirte, esperaba desde el día de mi llegada. Confiaba en él secretamente, y tanto, que no permitía que dentro de mí se formulara ese deseo. Llegó tarde, pero no

tanto como para no salvarme del menosprecio de mí mismo en que iba cayendo, y darme esta última tranquilidad.

El apareció cuando tenía muy avanzada esta carta. Fué así.

Experimentaba una necesidad honda de hablar con alguien. Me parecía, a veces ,que había perdido la voz, y me leía en voz alta o hablaba fuerte durante horas para oirme. Pero era peor porque al final dudaba de mis propios oídos; creía que la multitud de palabras no llegaban a pronunciarse y sólo retumbaban dentro de mi cerebro con uno, dos, y hasta tres ecos sucesivos. Frente al espejo vocalizaba minuciosamente viendo cómo se colocaban los labios, la lengua y los dientes para emitir los sonidos, como única forma de adquirir conciencia de mi esfuerzo para hablar.

Mis alumnos descubrieron muy pronto esta debilidad, como muchas otras mías para las cuales eran sobremanera perspicaces y se multiplicaron las frases: "No oí, señor", "No se oye", "¿Dijo algo?". En una ocasión —y a Dios gracias la caridad del bedel pudo arrancarme de aquel momento de terror— fingieron no oír absolutamente nada de lo que decía. Inmóviles en sus bancos me miraban con caras perplejas a la espera de que comenzara a hablar, cuando hacía ya quince minutos que desarrollaba el tema e interrogaba.

—Usted, responda —les gritaba, porque no sabía controlar mi voz— a usted le estoy hablando, Olivera, ¿no me oye?— Ninguno se daba por aludido, continuaban mirándome con los

lápices en las manos, el papel en blanco sobre los pupitres, esperando.

El bedel pasó lista, y todos contestaron serenamente con estentóreos: "Presente". Iba a retirarse cuando me vió —debía tener el rostro congestionado pues me lo sentía sudoroso— y compadeciéndome dijo: "El que no responda al profesor será suspendido de inmediato". Comprendí todo. Los miré y más que odio, me inspiraron lástima aquellas almas endurecidas en plena juventud. Continué la exposición del tema y nunca más volví a interrogarlos.

Pero no era esto lo que quería contarte. Pequeñeces de este jaez me ocurrían cotidianamente y trataba de no concederles importancia. Iba a decirte de la imperiosa necesidad de hablar con alguien que experimentaba. Cuando me hallaba lejos de la ciudad me aproximaba a algún campesino para preguntarle cualquier cosa: por la cosecha, el tiempo o por la salud de su familia, qué camino resultaba más corto para ir a tal cerro. Mi único objeto era conseguir que alguien me respondiera, saber que se me oía. Por desgracia cada vez me era más difícil llegar a eso: el menor gesto de indiferencia me ahuyentaba, y además era muy conocido. Pensé hallar ayuda en el párroco de la Iglesia, pero me enteré a tiempo de que pertenecía a la familia de Martínez, de quien era primo hermano.

Una noche, al regresar a mi cuarto, me puse a leer para limpiarme de la suciedad que me había invadido y así continué hasta la mañana y durante todo el día. A la tarde me sorprendió un mareo y decidí salir a caminar. Los días se

estabilizaban y después del breve chaparrón de las doce, el paisaje fresco y lleno de color, se dejaba envolver muy suavemente por el sol mortecino que infundía nuevas profundidades transparentes al cielo celeste. Atravesaba un bosquecillo, admirando el tono herrumbroso con que la luz crepuscular manchaba los troncos, prolongándose luego en estrías amarillentas, cuando lo ví muy cerca y comprendí de inmediato que me esperaba. Era el arcángel San Miguel. Acababa de posarse en la tierra y desplegaba suavemente sus inmensas alas que de blancas se habían tornada rojizas por obra del crepúsculo. Me sonreía con ternura haciéndome señas para que me aproximara.

¡Oh!, no era un ángel vulgar, no, y sin duda pertenecía a las más altas jerarquías celestiales. No se equivocó el corazón cuando me gritó al verlo: "He ahí al arcángel San Miguel que descende a la tierra para compartir tu soledad". Lo vestía la luz tamizada del crepúsculo y sus formas se esfumaban perdiéndose en la claridad mágica que de él destellaba. Corrí a buscarle y le abracé sin apoyar mis manos sobre sus hombros y haciendo ademán de besarlo en ambas mejillas. El continuó sonriéndome en silencio, a la espera de mi saludo, en tanto rebuscaba en mi cabeza la fórmula adecuada. Al fin osé decir:

—Hermano San Miguel—. Y sus alas de un plumón tan fino que transparentaba todas las hojas del bosque, se estremecieron como si el aire hubiera pasado por ellas.

—Hermano San Miguel —repetí— te esperaba para que me hicieras compañía en estos úl-

timos días. Necesito que me des valor para atravesar la puerta y para que en estos días que me queden consiga la paz. No me atrevía a confesármelo, porque podía creerse que sólo era vanidad, pero en el fondo estaba seguro de que merecía ésto. Tenían que reconocer la bondad de mi alma y mis sacrificios para conservarla pura.

Incliné los ojos y quedé mirando sus pies desnudos, muy blancos, que asomaban bajo la vestidura talar. Se conmovió el bosque merced a un brusco golpe de viento al caer el sol detrás de los montes, y cuando alcé de nuevo los ojos él se había desvanecido en la repentina oscuridad.

Tú no sabes lo que significa saberse apoyado, que junto a ti, al alcance de tu mirada y de tu sonrisa, camina una sombra amiga. Sentí que el cielo se había desgarrado para develarme su secreto de tal modo que me veía crecer, como llamado desde la luz, y abajo quedaban sumidos en las galerías de sus hormigueros los hombres que buscaban inútilmente lapidarme. Era el predestinado, el recibido con palmas, por mí descendía hasta la tierra en toda su belleza deslumbrante San Miguel, el arcángel predilecto del Señor, que me extendía su mano para guiarme.

De un papirotazo volaron todas mis congojas. Al fin había encontrado quien custodiara mis pasos. Esa íntima seguridad me libraba de los miedos que entorpecían la ejecución de mi proyecto. El había venido a infundirme valor. Presentí que en el último minuto se acercará para conducirme y ya ves, mientras te escribo lo es-

toy esperando. No tardará, no puede tardar.

También su presencia era un alivio para mi alma inquieta. Bastó que apareciera entre los arbolitos del bosque, bajo el dosel verde de sus copas por las que al menor temblor se asomaba el cielo, para que nada me importara del odio de los hombres. Más aún, mi vanidad se vió colmada a los dos días, en nuestro segundo encuentro. Estoy seguro de que él lo planeó en plena ciudad expresamente para que antes de mi partida de este mundo mis enemigos fueran humillados y sus remordimientos aumentaran hasta ahogarlos. Claro que no fué para satisfacer mi vanidad o sólo para eso. Su gran propósito, creo, consistía en testimoniar la eterna mirada vigilante de Dios que no abandonaba a ninguna de sus criaturas y también en avergonzarlos por su páfida conducta.

Venía caminando por la calle principal cuando me pareció verle. Esforcé mi vista —no tenía lentes— y comprobé que sí, que me estaba esperando, apoyado con un gesto de abandono en el buzón amarillo que hay frente a la Sucursal de Correos. Corrí hasta él y me detuve a su lado sin atreverme a tocarlo porque estábamos en público. Me sonrió con esa ternura que ahuyenta los pesares. Tenía recogidas las alas, cruzadas una sobre la otra para no molestar a la gente y los autos que pasaban. Me perdí mirándolo en los ojos. No sé de qué color son pero le digo glaucos, porque aunque ignoro a qué color alude la palabra, ésta tiene tal resonancia en mí que me reitera el deslumbramiento admirativo y la paz que experimento al mirarle. Son claros y profundos; cuando los miras van cre-

ciendo y tú disminuyes hasta que sin saber cómo te encuentras dentro de la pupila, acunado como la virgen que de niños veíamos en la luna. Y si te alejas se iluminan con una luz propia que te ciñe como una vestidura.

Acodados ambos en el buzón nos mirábamos sin hablar, sonrientes, yo invadido por la gracia.

—Hermano San Miguel, —le dije— deseaba verte—. No sé por qué me había arrogado el derecho de tuteo, pero a él no parecía molestarlo por lo que continué luego de una mínima vacilación—. Deseaba verte para que tú sepas de mi vida y mis proyectos.

No podía contestarme porque no es de este mundo, pero se introducía en mi garganta para que yo contestara por él. Ese empleo que hacía de mis pobres fuerzas me infundía confianza, de modo que me contesté con la voz más sonora y hermosa que pude sacar de mi garganta:

—Sí, te escucho. Pero tú ya sabes: conozco toda tu vida.

—Quería oírlo de tus labios —le dije— aunque lo sospechaba. Pero no sé que piensas de mi proyecto.

—Por él he venido. Me han enviado aquí para acompañarte y fortalecerte en este duro trance.

—¿Y de mí qué piensas?

Me sonrió otra vez.

—¿Por qué me lo preguntas si lo sabes?

Al volver la cabeza ví ojos estupefactos, caras de asombro y de miedo. Habían formado una rueda en torno a nosotros dos. Nos contemplaban aterrorizados aunque algunos se reían e intentaban bromear, siendo inmediatamente acallados por sus compañeros que que-

rían oírnos y ver el milagro.

Te confieso, aunque sepa que es un sentimiento inferior, que en aquel instante mi alegría fué inmensa. Triunfaba sobre todos y me vengaba. Comprendía muy bien su terror: encontrarme en una esquina conversando mano a mano con el arcángel San Miguel constituía para ellos un deslumbramiento mucho mayor que el mío cuando lo descubrí en el bosque. Algunos reían para aliviar sus nervios, pero la envidia, el remordimiento, asomaban a sus miradas codiciosas. Oí entre los retazos de las conversaciones en voz baja que pronunciaban la palabra locura y experimenté piedad. Se negaban a creer la evidencia y como los sabía capaces de cometer una grosería con San Miguel, me volví a éste diciéndole:

—Hermano, ¿puedes acompañarme? Me molesta este asombro impertinente.

—Vamos —contesté por él—. A donde tú quieras.

Le abrí paso entre el apeñuscamiento de curiosos y cruzamos despaciosamente la plaza.

—Debo confesarte —le dije— que la perspectiva de mi próximo alejamiento me ha hecho más sensible a la belleza de las cosas. ¿Crees que está mal?

—¿Por qué? A mí también me enamora este mundo pueril, los niños, los hombres tan atareados siempre, y las mujeres, mira qué hermosas son.

—Temía decirlo pero así lo siento yo también. Ayer frente a una de ellas...

—¿Aquella?

—Sí, ¿cómo la has reconocido?— Y después de

una pausa agregué: "Perdona, me había olvidado".

Pero no podía conversar bien con él porque me ponía nervioso. No sabía caminar. Claro que como no es de la tierra es natural, no está acostumbrado. Avanzaba muy tranquilo sin preocuparse de los niños que jugaban cerca. Temía que se golpeará con ellos, pero a último momento los eludía sin comprender cómo. Una señora venía en dirección contraria, con los ojos fijos en él. Ninguno se apartaba de su camino. Ella por estar hipnotizada ante su aparición, él porque sólo reparaba en mí. Al fin no pude contenerme y le grité: "Por aquí". Justo a tiempo para evitar el encontronazo. La mujer me miró indignada y entonces reconocí en ella a doña Marga, directora de una escuela y figura muy importante de la Sociedad de Templanza. Me reí y sin que él me viera le saqué la lengua. Doña Marga empezó a absorber aire en escala progresiva; pensé que iba a reventar de espanto y me volví rápidamente, pero a él nada se le escapaba.

—Está mal eso que haces.

—No pude resistir la tentación.

Y para congraciarme y también para evitarle tropezones, le ofrecí el brazo como se hace en las fiestas cuando se entra en el salón.

Tomamos por la calle principal, seguidos a prudente distancia por un corro de muchachos. Conversábamos muy animadamente. Le hablaba de cualquier cosa, de la ciudad y sus costumbres, temas que a él no le debían importar nada, pero lo hacía con el secreto propósito de que todos le oyeran contestarme con amabili-

dad. Y levantaba la voz para que no se les escapara nada a los curiosos. Eran las siete de la tarde y la calle estaba atiborrada. Como era de esperar se había corrido la noticia y las familias llenaban las puertas y balcones para contemplarnos. Aquello parecía un corso. Yo reventaba de orgullo. Hacía gestos, le señalaba personas y hasta me largaba a reír fuerte. El se limitaba a sonreír.

Pasamos frente al café. Las mesitas puestas en el borde de la acera estaban enteramente ocupadas y en una vi los lentes negros de Martínez; lo acompañaba el sempiterno yernito.

—Buenas tardes, Martínez —le dije gozoso al ver su boca abierta, para agregar en voz alta dirigiéndome a San Miguel, que seguía apoyado de mi brazo—. Ese es el crápula de que te hablaba. Fullero, degenerado, ignorante, le conozco muy bien sus historias.

—¡Ah! y aquél —exclamé señalando con el brazo extendido— aquel vejete es don Jacinto, una de las morrallas más conspicuas de la ciudad. Hay que oír-lo que dice Encarna de sus costumbres privadas aunque no muy secretas.

—No quiero enterarme.

—No temas, si no son para repetirlas en público. Producen asco.

Fué un paseo inolvidable. Toda la ciudad se agolpó en la calle para vernos y cuantos más eran, mi coraje aumentaba. Tenía que hablar pues las palabras se me escapaban de la boca.

—También las mujeres tienen su pasado podrido. Esa, sí, esa vestida de negro, con cara de higo seco, el portavoz de la caridad, dejó morir a la madre, a quien tenía encerrada en un

gallinero, porque la pobre en un tiempo trabajó como Encarna. Mira la cara de Perico. Buen muchacho, pero sale al padre y Gutiérrez tiene varias muertes en su haber, la última una niña de diez años que había tomado de sirvienta y a quien violó. El hijo ya tiene sus puntas de rufián. Aquella es la Lola, que fué amante muchos años del egregio Martínez. El marido lo sabe y calla. Con los cuernos se come. ¡Eleuterio Miranda! Hizo fortuna a costa de vidas, y cuando se cansó de derramar sangre ajena se dedicó a la beatería. ¡Cuántas cosas se saben cuando se vive en un prostíbulo, tú no puedes imaginarte! En el pequeño espacio de las camas todo se cuenta sin pudor. No les basta el placer de desnudarse de la ropa, también quieren gozar quitándose la máscara, pero ya lo dijo el Señor, “nada hay encubierto que no haya de ser descubierto, ni escondido que no haya de saberse, y lo que habéis hablado al oído en las alcobas, será pregonado sobre los terrados”. Te lo cuento a ti para que se lo hagas saber, porque estos son como bestias, tienen miedo sólo de los ladrones y asesinos, pero no de “Aquel que después de matar tiene poder de echar en el infierno”. Y a todos estos les espera un lugar terrible entre las llamas. Yo lo digo.

Habíamos llegado al fin de la avenida y me disponía a conducirlo hasta casa. Avanzamos entre la doble hilera de personas, en un silencio mortal. Pero detrás de nosotros se oían crecer gritos.

De pronto nos cerró el paso un matón de café que se había especializado en molestarme con sus mil clases de pullas que forjaba en los días

que dedicaba enteramente al ocio.

Se abalanzó sobre mí con un gesto de amenaza, diciendo:

—Vos te hacés el loco y yo te voy a enseñar de una vez por todas a insultar.

—Atrévete —grité—. No me asustaban sus bravatas. Lo miraba y me asombraba de que no le tuviera miedo. Su cara que siempre me pareciera la de un cancerbero ahora me inspiraba lástima, porque descubría tras ella al infeliz. Y, te juro, habría pasado a su lado compadeciéndole si no me hubiera propuesto dar con él un ejemplo castigando la insolencia de aquel pueblo.

—Atrévete —repetí— a tocar un solo cabello del elegido del Señor. Acércate, ven a manchar con tus dedos sucios a una criatura custodiada por el cielo. Porque tú eres una rata miserable, una boñiga nauseabunda que solo puede respirar en un muladar, y tú, en lo secreto de tu alma lo sabes y te avergüenzas de tu propia podredumbre. Levántate contra mí, figura del demonio, levántate contra este hermano tuyo que hay en mí, el único que puedes matar. Porque todos vosotros solo podéis hacer eso: despedazaros los unos a los otros. Pero yo soy invencible y estoy rodeado del aura de la divinidad.

Sentí entonces que San Miguel se alzaba del suelo y me protegía con sus inmensas alas abiertas como el ángel que en el pesebre de Navidad presidía el nacimiento llevando desplegada la banda en que leíamos el "Gloria in excelsis Deo". Sin mirarlo se lo señalé con el índice extendido, gritándole:

—Y míralo a él, míralo en su devastadora belleza, ve como el Arcángel me custodia y si fuera preciso impetraría el rayo de Dios para aniquilarte. Porque a ti como a los de tu raza solo el fuego puede purificar y estáis condenados a arder por los siglos de los siglos, hasta que desaparezcan las miasmas que exhaláis con vuestro aliento. Te siento aletear iracundo, San Miguel, pero no uses de tu fuerza. Ten piedad de este miserable que es un ser débil, comido por la carne. Porque tú debes saber que no estás exento de castigo, que esa mugre en que te revuelves se volverá contra ti y te comerá como un cáncer pestilente. Te retorcerás desesperado y pedirás perdón, pero ¿a quién? El cáncer no perdona, te roerá la entraña hasta que te transformes en un vivo fuego y arderás hasta la consumación de los siglos, cuando no quede piedra sobre piedra y las estrellas hayan caído en el abismo. Arrodíllate, escoria de la tierra, arrodíllate figuración del mal, sombra de los infiernos, porque ya no puedo contener la ira del Arcángel, que quiere precipitarse para vengar tu insolencia. Pide perdón ahora y arrepíentete que quizá todavía sea tiempo.

Cayó a mis pies y apretando las manos contra el pecho se echó a llorar. El pueblo desbordaba las calles y contemplaba con espanto el anuncio del castigo. El silencio me ardía en los oídos. El universo parecía haberse detenido para contemplar el milagro. La muchedumbre se abstenía de respirar a la espera de mis palabras, pero para mí casi no existía pues la miraba sin verla. Una embriaguez tumultuosa me ponía la sangre como alfileres y me imposibili-

taba el menor movimiento. Clavado en medio de la calle, rodeado del pueblo silencioso, decidí pedir ayuda del Arcángel para que fuera él quien levantara a aquel miserable tendido a mis pies, de quien escapaban quejidos que no alcanzaban la forma del sollozo.

—San Miguel —dije suavemente, y alcé los ojos para encontrar, en vez de las alas de plumón cálido que me salvaguardaban con un imperceptible temblor, el terrible vacío del cielo. Me vi penetrado de mi soledad, total e insustituible y no tuve fuerzas para recoger al hombre que gemía a mis pies ni para apostrofar a la multitud silenciosa. Aquel abandono me dejó inerte. Estaba solo y temblaba.

Temí haber ofendido al Arcángel, porque en aquel instante comprendí que sólo mi vanidad se había visto satisfecha y que lo había usado para mi gloria terrena y miserable. Sentí terror y eché a correr desesperado hacia mi casa. Antes de llegar oí el clamor furioso del pueblo. Avergonzado subí a mi altillo y me desplomé en la silla frente a los retratos, tratando de dominar la conmoción que había hecho presa de mí.

XI

No volví a concurrir al Liceo. Abandoné las clases y me dediqué exclusivamente a escribirte. Solo salía a la caída de la tarde para dar una vuelta por el campo, sin pisar nunca la ciudad.

Por comentarios de las mujeres de la casa supe algo de las reacciones del pueblo. No les pregunté ni me dijeron directamente nada; por el contrario me eludían, pero oí de noche algunas conversaciones. ¡Oh infinita perversidad de los hombres! Pude comprobar que de veras existen esos vericuetos tortuosos que encontré enseñados en los manuales de psicología. Como si se hubieran puesto de acuerdo a una, nadie hablaba del paseo del Arcángel. Lo escondían rápidamente para referirse sólo a mis palabras sobre aquellos miserables, que ahora atribuían

a mi locura. Porque eso era lo monstruoso de la sabia tramoya que habían urdido para no enterarse de nada y que sus conciencias no fueran conmovidas por el milagro que habían presenciado miles: yo estaba loco. ¡En cuántas falsedades debían incurrir para llegar a tal conclusión! Escamotear al enviado del Señor, pasar por alto la verdad de mis palabras, negar sus propios ojos que lo habían contemplado todo, para así llegar a la gran afirmación que compartían unánimemente. Se reían del único hombre que había sido sensible a la verdad, de aquel que mis palabras habían convencido y que de rodillas me pidiera perdón. Le llamaban cobarde, matoncito de barrio, infeliz, y no sé cuántas cosas más, justo en el momento en que lo había dejado de ser para abrir los ojos a la verdad. ¡Ah, ciudad, ciudad maldita, yo no lo veré, pero no pasará mucho tiempo antes de que el haz de la tierra se vea libre de tu presencia abyecta! Y a vosotros, que engendráis en el vicio y que corrompéis las almas, un destino infausto os aguarda.

En la casa las mujeres se alejaban cuando pasaba a su lado. Me tenían miedo. Encarna rezongaba por lo bajo al verme, mostraba las uñas dispuesta al ataque, pero no se atrevía a enfrentarme. La aguardaba desafiante. Sólo se me aproximaba, y temerosa, Suzy, mas sin osar preguntarme aquello que tenía sobre la lengua, y aunque ardía de curiosidad, por saber lo que se decía de mí en la ciudad, callaba. Ella quería encontrarme blando y abandonado en los momentos de intimidad para descargarse sobre mí pero no contaba con que el Arcángel cuidaba de

mi vida. Aunque había desaparecido, varias veces me di cuenta de que, invisible, me acompañaba, escrudiñando atentamente en mis actos y, lo que más me sobrecogía, en mis pensamientos.

Pero ya S. no podía nada contra mí. Le había entregado al otro para que con él hiciera y deshiciera, pero me apartaba de su contacto, limitándome a contemplarlos. Sentado a los pies de la cama veía a los dos entregados a la comedia del amor y hasta me admiraba de la fidelidad de sus gestos, tal como si estuvieran solos, como si de verdad ardieran ambos en una llama pura. Había comprendido por fin que mi liberación se fundamentaba en su pérdida, que sólo a costa de su destrucción podía ascender en mi gloria sin que ninguna fuerza oscura me arrastrara hacia el suelo. Y que incluso debía saciarlo y aún hartarlo para que fuera mayor mi libertad porque, en efecto, bastaba que lo refrenara para que sus fuerzas se duplicaran. Entonces me arrastraba tras él, me sumía dentro de su locura, porque la de él sí que era una locura, al extremo de que yo también dependía del trozo inseguro y breve de placer en que él cifraba su paraíso y lo ansiaba con tanta o mayor fuerza.

Desgraciadamente también a él se le crearon dificultades. Luisa los descubrió y delató a Encarna. ¿Te das cuenta? El mismo juego que se repetía idéntico pasados los años. Fué la gran oportunidad de Encarna para desahogar su irritación, claro está que contra mí que no podía explicarle lo que ocurría, pues jamás entraría en su cabeza aquella trágica verdad.

Con violencia me expuso sus quejas, repre-

sentó la pantomima de la buena madre traicionada, después de haber sacrificado todo, incluso su buen nombre, para defender a quien consideró como un hijo, pero que se había revelado como un ingrato, etc., etc., etc.

Entre el torrente de palabras que remataba con injurias hábilmente pensadas, fui descubriendo las causas reales de su furia. Luego que el boycott pusiera en peligro su negocio, pues muchos la creían inspiradora de mis acusaciones, ofreció mi cabeza a cambio de la seguridad de que no habría de ser molestada. De nuevo le serví como carta de triunfo y en cumplimiento de lo pactado me exigió violentamente que me fuera a vivir a otra pensión, aunque sabía que tan bien estaba tendida la trampa que en ninguna me recibirían.

Pude haberle dicho que sí, pues no necesitaría ya de casa terrenal, pero gozaba viéndola desesperarse ante mi indiferencia.

—Estoy muy cómodo y no pienso irme.

—Pues le pondré en la calle.

—Y yo contaré todo lo que se.

—Pero no por mí que jamás, lo juro por mi madre y que se condene al infierno si miento, jamás le dije nada de lo que ocurre en esta casa. Es usted que venía de noche a husmearnos, ¿o cree que no lo sabía? Lo he visto bajando en puntas de pie para observar qué hacíamos. ¿Sabe usted lo que es?

—Un hombre en quien ha puesto sus ojos el Señor.

—Un... Y si no se va, pondré en la calle a la otra arrastrada, que buenos trabajos me dió siempre para venir a pagarme ahora con esta

moneda. O usted se va o la echo.

—Echela. Me hace un favor.

—Pero usted... usted no tiene corazón. Después de aprovecharse de esa infeliz, después de... (etc., etc.; me cansa repetir esto y no sé por qué te lo cuento, quizá para que veas como me fui purificando y endureciendo para el mal). Pero alguno me la pagará —terminó diciendo, y fué ella, Suzy, a quien no volví a ver. La trasladó de habitación, se dedicó a vigilarla noche y día y creo que llegó a imponerle cosas horribles.

Volvi a verle. Yo le buscaba sin confesármelo. Sólo en mi habitación, el crujido de un mueble o el sacudimiento de una imprevista ráfaga de viento por la ventana que obstinadamente dejaba abierta me anunciaban su presencia invisible y entonces le llamaba en voz baja, pero no obtenía respuesta. Le hablaba largamente de mis proyectos, le contaba cosas de ti y de mi vida pasada, sin lograr nunca que se corporizara. Su invisibilidad me ponía nervioso, no sabía a qué lado dirigirme y temía que hubiera partido y estuviera hablando con el vacío. Al despertar creía encontrarle al pie de mi cama observándome con su habitual mirada de cariño, y también, por qué no decírtelo aunque me desagrade, de compasión. Pero sólo era ilusión de mis ojos cargados todavía de sueño, ya que de inmediato, al entrecerrarlos para ver mejor distinguía la salida de baño colgada de la percha o la cortina de la ventana que oscilaba cubriendo y descubriendo el San Jerónimo.

Sospeché en seguida los motivos de su desaparición y por eso, en el final que puso En-

carna a mis relaciones con Suzy ví una suerte que duramente debía proteger para que él no me dejara en una soledad que me infundía terror. Y fué así: volvieron las horas de inquietud en que luchaba para dominar mi monstruo pero también la inmensa alegría de volver a verle.

Fué en el campo, en la represa que canaliza un arroyo cercano a la ciudad. Me encontraba allí, contemplando los círculos concéntricos que se entrecruzaban en su superficie a medida que tiraba las piedras que tenía en la mano, cuando su figura se asomó a las aguas temblorosas. No me atrevía a creer en mi dicha, pues en aquel ondular de las formas tan pronto me parecía distinguir sus alas abiertas como el reflejo de una nube deshilachada. No tiré más piedras y a medida que el agua se aquietaba íbase componiendo en su superficie, como en un mágico rompecabezas, su imagen. Pero no estaba a mi lado y lo busqué inútilmente sin hallarlo. Debería estar invisible, sentado en el aire y solo aquellas aguas claras y transparentes eran capaces de reflejarlo.

—No me busques pues no me encontrarás —me dijo.

—Pero, ¿por qué? —le pregunté—, limitándose a sonreír con ese gesto de picardía que empleaba cuando mis preguntas eran ociosas.

—¡Ah, ya! —dije— pero de eso no hay nada. Ha terminado. Te lo juro. Tú sabes muy bien que hasta ahora no ha sido por mi culpa sino por el otro que me dominaba. Desde que tú estás todo es distinto.

Así empezamos a hablar. ¡Cuántas cosas nos

dijimos! o mejor dicho, dije, porque él no podía hablar pero me apuntaba sus palabras, aunque nunca sabré cómo. No puedo contártelo porque sería muy largo, y además porque muchas cosas me las dijo confidencialmente. Secretos que los hombres no deben conocer hasta después, pero que a mí me adelantó quizá por simpatía. Recorrimos el mundo de lo divino y de lo profano. ¡Qué bien me entiende! ¡Cómo todo para él es claro!

El viento lo agitaba a veces y su figura temblaba como si se moviera al compás de una música no terrenal. Y temblaba también yo, temeroso de que pudiera desvanecerse.

—No te vayas, no te vayas —rogaba entonces, y él reía.

Porque aquel día estaba de bromas, con unas ganas locas de jugar y yo me sentía un niño. Cuando ví que se hundía bajo el agua, escondiéndose en las oscilaciones que la recorrían de una orilla a otra, quise tomarle la mano para sacarle fuera, pero con tan mala suerte que caí en el laguito. Al salir lo vi sentado en la represa, riendo como nunca lo había visto reír. Me hacía morisquetas burlándose del lamentable estado en que yo había quedado. “¡Ah, me las pagarás!”, le grité y lo corrí. Pero él era más rápido y se ocultó en el bosque hasta donde le perseguí. Allí era más difícil descubrirlo. Se resguardaba detrás de los árboles. Le buscaba dando mil vueltas hasta que me daba por vencido y con grandes voces le rogaba que se descubriera, pues me había vencido (en verdad temía que se hubiera volado burlándose de mis acechanzas). Entonces veía aparecer tras un

tronco la puntita del ala que él agitaba como diciéndome: aquí estoy, acércate. Y cuando me aproximaba se echaba a reír y el ala se transformaba en un jirón de paño blanco prendido de una rama. Me hizo correr para todos lados. Al final había recurrido a sus dotes mágicas y yo veía moverse alas detrás de todos los árboles sin poder acertar, claro está, con las verdaderas.

Esa tarde reí hasta extenuarme y sólo cuando caí rendido en el suelo pidiéndole que me dejara descansar comprendí que me hallaba horriblemente angustiado. Pasé de la risa a las lágrimas como si fuesen la misma cosa y lo eran. Caía la noche. Sentado en el pasto, a la sombra de los árboles que se habían puesto repentinamente siniestros, pensé que ningún motivo serio explicaba mi tardanza. Era llegado el tiempo. Volví a la casa contando mis pasos para ahuyentar el miedo y en el mil setecientos veintiuno crucé el umbral.

XII

Mucho me ha costado esta confesión que he ido escribiendo de a pedazos, malhilvanando los fragmentos como pude, con una sola preocupación: ser sincero para contigo, en todo, hasta el fin. He tenido que revivir mis desdichas y el hacerlo me ha costado muchas horas de congoja, porque bastaba que detuviera mi mirada sobre ellas para experimentar de nuevo el mismo estremecimiento de terror que me habían deparado, y me pregunté repetidas veces: ¿Pudo ser cierto tanto dolor, tanta maldad para conmigo? Porque créeme Luisa, me he fatigado buscando dentro de mí qué pecados pude cometer de los que se me exigiera cuenta tan sañuda, y no los he encontrado. Te juro, por el recuerdo de mamá, que bien sabes cuán puro se conserva en mi alma, que no hice mal a nadie, que siempre fui bueno, porque no podía

ser de otro modo aunque lo quisiera. El José Luis que tú conociste sigue siendo digno de tu cariño.

Hoy, treinta de setiembre, es mi día, el definitivo, y cuando haya puesto punto final a esta carta también yo habré terminado mis penurias en el mundo. Ayer recibí tu tarjeta postal. Llegó a tiempo para darme la despedida. La mañana de hoy la dediqué a pasear por los alrededores del arroyo, los bosquecillos hacia el oeste y los caseríos pobres de las cercanías de la ciudad. No fui para despedirme. Solo a verlos, como experimentando la fuerza de mi corazón al enfrentarlo con los únicos sitios que dieron alguna felicidad, por mínima que sea, a mi vida. He pasado un día sereno, poniendo en orden mis papeles, que irán a tus manos. Mis libros, que son tuyos, volverán a tu poder. Guárdalos.

Ahora voy a acostarme, a dormir. Para siempre. Cuando apoye la cabeza en la almohada me diré con alivio que ya no habrá mañana para mí. Tendré tiempo de forjarme ese sueño dulce que me cobijó en tantas noches terribles. Volveré a estar contigo y con mamá en nuestra vieja casa y el gato se acercará ronroneando a refregar su cabeza contra mi pie. Oiré a mamá tocando el piano y para siempre seguiré ahí, con vosotras. No debía haber crecido; recién ahora lo comprendo. O no debía haber vivido un minuto más que aquellos que pasamos juntos. Pero volveré a tenerlos para nunca perder su alegría dulce y tranquila. Así debe ser.

Si vieras que no tengo miedo. Estoy tranquilo y si me siento triste es solo por ti, porque tú vas a sufrir. No lo hagas, Luisa. Comprende que

es lo mejor para mí, porque no sirvo para este mundo. No puedo vivir, no sé cómo se hace ni tampoco quiero aprender. Sólo irme, irme a habitar en ese sueño que perdí pero que voy a recuperar para nunca salir de él.

¡Oh! tú me hubieras dicho tantas cosas para disuadirme, pero esas mismas cosas me las he dicho yo mismo. Me grité cobarde, criminal y otras mucho peor que te ahorro, pero si supieras que todo ello no tiene efecto sobre mí y que apenas oigo. Porque ya estoy de viaje y voy muy lejos, y todo el ruido del mundo me llega como por una bocina de la que nada entiendo. Es un rumor como aquel del mar que gustábamos oír acercando los caracoles a la oreja, esos mismo caracoles puestos en fila en la repisa de la chimenea, sobre los que muy pronto pasearé mi mirada orgullosa.

Luisa, estoy triste, pero por tí. Tú sabes vivir y tienes a Jorge. De tí me llevo aquella hermana mayor que con tantos dolores me hizo aprender alemán para leer a Heine. Te pondré de nuevo en la gran "bergere" del salón, con la cabeza un poco inclinada y aquel gesto tuyo de desconfianza que decía: "Es inútil, Brahms no me gusta". Vive y recuérdame, porque te quise mucho, u olvídame, no importa, porque ahora, al romper este lazo que me ataba a tí ya nada cuenta. Me estoy yendo porque aquí todo me pesa, hasta el aire, y quiero apresurarme por temor de que algo se interponga.

¿Sabes? Aquí el campo siente el empuje de la primavera. Hoy de mañana, en el último paseo por las cercanías, he visto como los árboles destellan de retoños amarillo-verdosos. El aire

se ha perfumado y llega hasta mi ventana en una dulce topada. El crepúsculo está suspendido en el cielo en equilibrio inestable. De un momento a otro caerá de golpe la noche.

Basta. Te he hablado mucho aunque todavía quisiera continuar un largo rato, pero, ¿a qué más?

El está cerca de mí, viene a buscarme. Acabo de verlo sentado sobre el antepecho de la ventana, con los pies colgados en el vacío. Un ala se despliega inmensa dentro de mi cuarto y se dobla contra el suelo hasta llegar casi a mi lado. La otra se abre fuera de la ventana, sobre el cielo entintado y se prolonga transformándose en una nube rosa. Sonríe; está hecho con un rayo de luz que le da cuerpo, aunque solo sea por un instante. Debo apresurarme porque me viene a buscar. Me recogerá de encima del lecho, cuando el otro quede vencido para siempre, abandonado a las manos voraces de las mujeres que llenan esta casa podrida. ¡Ah desgraciado!, bien que me llorarás cuando no esté contigo para salvarte, cuando te sientas corromper por minutos, cada minuto más, y me busques para que te purifique y no me encuentres. Esa será mi venganza. Por fin sabrás, pero tarde, irremediablemente tarde, que sólo por mí existías y aunque me vencieras muchas veces era yo el que en el último minuto habría de resolver sobre tu vida. ¡Ah!, cuánto me llorarás, hasta ir deshaciéndote con las lágrimas y ya no habrá placer para tí, no, porque te pudrirás como esas mujeres que codicias, vivirás abrazado a una carroña y tú mismo serás una carroña.

Pero detente. Es tarde. La luz disminuye y

no quiero encender la veladora. El me contempla adusto desde la ventana. Me estoy tardando. La sombra va reduciendo sus alas. Con el brazo extendido parece señalarme en el cielo crepuscular el lucero vespertino. Brillan, pesadas, las estrellas, y de tanto querer consolar tu tristeza a mí me pesan las lágrimas. Viene la noche iluminada. San Miguel se inquieta agitado por el viento nocturno. Temo pueda volarse.

Estoy cansado, pero me cuesta poner la última palabra en esta carta y no sé qué decirte, porque ahora me invade una piedad infinita hacia todos y quisiera besar a cada uno de los seres humanos y cargar un poco con sus pesadumbres o reír cuando ellos digan de reír. El pecho me golpea con un cariño que ya no podré dar a nadie y me ahoga. Adiós Luisa, perdóname este último sufrimiento, pero comprende bien, no podía ser de otro modo. De nada te preocupes. Voy a ser feliz y lo seré contigo y con mamá. No te angusties, no hay fuerza en el mundo que pudiera impedirlo, ni siquiera tú misma, porque ya no puedo volver atrás. Adiós Luisa, adiós, adiós, tengo que poner fin y no sé cómo, —el cielo está cubierto de luces de bengala— adiós Luisa, quíereme, como yo, como tu José Luis, y ruega por mí.

Abril 1950.

Se terminó de imprimir el
31 de octubre, en la Imprenta
Helios, Montevideo, Uruguay.